



GANADORES 2024

**CONCURSO DE CREACIÓN
LITERARIA**

VIBRANT

Arts & Culture Festival



Mayo de 2024
Tecnológico de Monterrey

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra, de manera rigurosa, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin la previa autorización escrita de los autores.

Las ilustraciones contenidas en esta obra fueron creadas por Luly Garza con la herramienta de inteligencia artificial Midjourney.

En el marco de VIBRART Arts & Culture Festival, 2024, esta publicación recopila los textos ganadores del Concurso de Creación Literaria en los géneros de Cuento Corto, Cuento Largo, Monólogos, Poesía y Teatro Breve; así como las categorías tanto de Prepa Tec, como de Profesional y Posgrado.

CONTENIDO

CUENTO CORTO

	Pág.
Brochetas de María Fernanda Rosas Solórzano Campus Ciudad de México 1er Lugar, Categoría Preparatoria	3
Colmillo de gato de Francisco José Soto Montes Campus Querétaro 2do Lugar, Categoría Preparatoria	6
La corrida de Samara Villalón Tavizon Campus Monterrey 1er Lugar, Categoría Profesional y Posgrado	9
INRI (o “Amor eterno”) de Luis Elías Vázquez Barreto Campus Ciudad de México 2do Lugar, Categoría Profesional y Posgrado	11

CUENTO LARGO

Entre comillas y colmillos de Edgardo O Álvarez Hernández Campus Metepec 1er Lugar, Categoría Preparatoria	13
Amor tibio, a medias, frío, amor vacío de Danna Valeria Badillo Díaz Campus Zacatecas 2do Lugar, Categoría Preparatoria	16
Trabajo como muerto de Luis Elías Vázquez Barreto Campus Ciudad de México 1er Lugar, Categoría Profesional y Posgrado	19
Quiéreme, quiéreme, quiéreme de Diana Cristina Velázquez Sánchez Campus Ciudad de México 2do Lugar, Categoría Profesional y Posgrado	22

MONÓLOGOS

Mañana no iré a la guerra de Natalia fernández Balderrama Campus Chihuahua 1er Lugar, Categoría Preparatoria	26
La herida que no cierra de Jorge Alberto Galindo Jasso Campus Metepec 2do. Lugar, Categoría Preparatoria	28
Masiosare de César Santiago Gutiérrez espinoza Campus Ciudad de México 1er Lugar, Categoría Profesional y Posgrado	30

Aprender a olvidar de Michelle Sánchez Armass González 33
Campus Querétaro
2do Lugar, Categoría Profesional y Posgrado

POESÍA

Inolvidable elegía de Regina Gutiérrez Mayorga 35
Campus Saltillo
1er Lugar, Categoría Preparatoria

Sintiendo el exterior de Mónica Leucona Del Río 40
Campus San Luis Potosí
2do Lugar, Categoría Preparatoria

Conexiones incoherentes de Mauricio Olguín Sánchez 45
Campus Querétaro
1er Lugar, Categoría Profesional y Posgrado

El cinito de Alejandro Pozos Aguirre 53
Campus Ciudad de México
2do Lugar, Categoría Profesional y Posgrado

TEATRO BREVE

Luces fuera de Marisol Manzanarez Serna 62
Campus Santa Fe
1er Lugar, Categoría Preparatoria

Abran la puerta por favor de Gema Monserrat Ruiz Güereca 67
Campus Laguna
2do Lugar, Categoría Preparatoria

Atrás del teón de Michelle Sánchez Armass González 73
Campus Querétaro
1er Lugar, Categoría Profesional y Posgrado

Sé que no van a leer esto de Diego Adrián Aparicio Palos 80
Campus Guadalajara
2do Lugar, Categoría Profesional y Posgrado

Brochetas

de María Fernanda Rosas Solórzano

1er Lugar

Cuento Corto

Categoría Preparatoria

Campus Ciudad de México

Dulce conoció a su primera novia cuando tenía diecisiete años. Ella, diecisiete y Vanya, dieciocho. No eran muy tiernas, ni muy macizas. Tenían la cantidad de años suficientes para vivir el amor joven. Adoraban la comida.

Brochetas.

Albóndigas.

Brochetas.

Tacos.

(De birria o de tripas).

Y brochetas también.

¿Qué vamos a comer hoy?, sugiere Vanya.

No lo sé, ¿qué se te antoja?

Mejor nos comemos entre las dos, sugiere y Dulce ríe por su propuesta.

Déjalo para cuando lleguemos a tu casa.

Bien, entonces vamos por brochetas.

Ambas, como muchos de los adolescentes de la ciudad, aman las brochetas de Don Jaime. Las prepara sobre un asador, fríe el pollo con cuidado. Deja la carne siete minutos sobre fuego. Las voltea y las deja otros siete. Finalmente, les echa el aderezo de miel que luego se derrite en sus bocas. Vanya y Dulce se sientan en la acera de la calle. Mientras comen empieza a llover.

Tienes aderezo en el labio, dice Vanya con la boca llena.

Qué asco.

Se escuchan las risas y Vanya le roba un beso.

Mmm, sabe dulce.

Eres asquerosa.

Ya no ríen.

El resto del día discuten sobre las brochetas y otros alimentos. Dulce adora la comida asiática. Vanya le dice que le gustan las brochetas de Don Jaime y nada más. Ambas pelean por cuál es más rica cuando Vanya suelta una pregunta extraña.

¿Cuál es mi sabor?

¿Te gustará?

Pues sí, supongo.

Cosas de gente melindrosa, piensa.

Yo creo que tú sabes a cereza...

O al menos a eso sabe tu labial.

Podrás descubrirlo,

cuando lleguemos a tu casa.

Claro, habla del labial. Dulce le toma la mano y caminan a su casa. Se dan besos mientras bailan bajo la lluvia. Dulce se siente como la protagonista de una película cliché. Se miran y se besan. A veces, Vanya muerde demasiado fuerte. En un momento de descuido saca un poco de sangre que la lluvia borra en un instante.

Dulce lo traga.

Pero siente ganas de vomitar.

Vanya siempre muerde.

Sus labios.

Sus hombros.

A veces sus muslos.

Dice que se la quiere comer a besos.

Pero no puede.

Llegan a la casa y tiran sus mochilas en el suelo. La madre de Vanya no está, de hecho, rara vez viene a casa. Igual no les importa, más privacidad para ellas. Corren y se tiran en el suelo que está alfombrado (muchas veces lo han manchado porque es blanco). Ya no es tiempo de hablar. Es tiempo de comer.

No.

No de comer.

De coger.

Se besan como si no acabaran de destrozarse los labios bajo la lluvia. Vanya muerde los hombros como siempre. Muerde tanto como pueda. Hasta que Dulce se queja y le pide que pare. Lo hace por un segundo pero de pronto baja y muerde entre sus muslos.

Siente su sangre correr.

No la limpia.

La lame,
es deliciosa.

PARA.

No lo hace. Dulce extiende sus brazos intentando crear una distancia pero Vanya se acerca y la toma de la cabeza como a un bebé. Ya no son los labios, ahora muerde su cuello juguetonamente. Pasa su mano por su cuello y la empieza a asfixiar. Muy a pesar de eso, es capaz de distinguir los quejidos que suelta. Vanya siente su mano llenarse de la saliva de su novia quien se siente presa de sus brazos, casi tanto como de su amor.

Para.

La alfombra se mancha de nuevo de aquel líquido rojo, solo que esta vez ensucia mucho más. Sus hebras absorben la sangre y se expande, tiñéndola como si fueran los pétalos de una rosa. Vanya frota su mejilla por el cuerpo contrario. Empieza lento y con cariño hasta que llega a la cara y observa los ojos de Dulce. Vanya cree que va llegar al éxtasis. Desea poder probar solo un poco de aquellos ojos claros.

Para.

Descubre a qué sabe cada parte de su cuerpo y se deleita. Es tan jugoso y metálico. Tan prohibido. Alcanza a sacar el ojo, destapa la mano de su novia y le permite gritar tanto como quiera. Dulce aún puede ver con el otro que le queda. Alcanza a ver como lo muerde. Vanya juega con este por un momento y agarra el nervio como si de una cereza se tratara. Saca el jugo rojo y explota en su boca. Es salado. Vanya se imagina más tarde cuando pueda sacar el otro ojo y degustarlo. Arrancar las tripas y usarlas

como bufanda. Jugar con la carne de su espalda como si fueran alas. Hacer brochetas con los muslos y sus pies. Sus pechos son la cereza del pastel.

...

Más tarde, coloca la carne en el asador.

Un muslo.

Un pie.

Un ala.

Y su otro ojo.

La mejor parte.

(Deja siete minutos, la voltea y la deja otros siete)

Le echa aderezo de miel.

y al comer su brocheta se mancha la boca.



Colmillo de gato

de Francisco José Soto Montes

2do Lugar

Cuento Corto

Categoría Preparatoria

Campus Querétaro

Despiertas una vez más, después del mismo sueño de siempre. Subes las escaleras en espiral de un edificio muy alto hasta llegar al último piso. Las paredes opacas nublan tu vista durante el ascenso, tan silencioso que solo consigues escuchar tus propias pisadas. Dudosa, abres una puerta que te lleva al exterior, donde te encuentras con un cielo blanco imposible. Algo dentro de ti te insiste que huyas, pues aquello ya lo viviste mil veces, pero se hace tarde. La puerta no tarda en cerrarse repentinamente detrás de ti. Inmediatamente, escuchas maullidos atemorizados del otro lado. Volteas con pavor, ya que sabes lo que va a pasar y no estás lista para vivirlo de nuevo.

Se trata del mismo gato atigrado, titubeando sobre la barandilla, con la mirada puesta en el absurdo. Alarmada, corres hacia él. El animal continúa sus maullidos, como si estuviera indeciso. Ya lo tienes de frente y le ruegas que no lo haga.

– Por favor, es muy temprano todavía.– le imploras, extendiendo tus brazos para resguardarlo.– Ven, aquí te tengo.

Llegas tarde de nueva cuenta. El felino se retrae y te dirige una última mirada de pánico, antes de saltar hacia el vacío. Pasmada, te apresuras a observar su caída, pero ya no lo encuentras. En cambio, te topas con una densa niebla, que asciende rápidamente hasta envolverte por completo. Ahora solo estás tú con la neblina, tratando de pelear contra su espesura, buscando una salida.

Comienzas a dar vueltas desesperadamente, como si trataras de escapar de un laberinto. Angustiada, te echas al suelo a llorar, pues ninguno de tus intentos logra librarte de aquella ceguera letal. De pronto, comienzas a sentirte pequeña; tus sentidos te traicionan, comienzan a desfigurarse; tu alma te repele, arremete contra tu carne; y tus pensamientos se desvanecen, te abandonan junto a la neblina. *Es tarde*, te dices con culpa. *¡Es tarde!*, te repites una y otra vez, hasta escuchar un grito sonoro en la distancia.

Se ha ido por completo.

Suena el despertador. Regresas al dormitorio con tu pulso acelerado, la almohada húmeda bajo tu cuello y un oscuro paisaje tras la ventana. Consternada,

revisas la hora en el reloj. Has vuelto a despertar a las cinco y media de la madrugada. Tu mano izquierda está cerrada en un puño, escondiendo algo pequeño, frío y puntiagudo. No quieres abrirla, pues tienes miedo de mirar y tener la razón. Apartas tu vista y lo colocas sobre la mesita de noche.

Tratas de dormir para preocuparte más tarde, pero como de costumbre, no encuentras el cansancio suficiente. Te desprendes de la comodidad de tus sábanas. Un gélido escalofrío recorre tu cuerpo al marchar con tus palmas descalzas sobre el frígido piso de mármol. Llegas al tocador y enciendes el interruptor de tu lámpara, para después abrir la primera cajonera. Uno por uno, los dispones sobre la superficie de madera.

Doce incisivos, diez premolares y tres colmillos, que ahora son cuatro, piensas. La dentadura está completa y no sabes si aquello es una razón para preocuparte. Un ansia se te abraza al corazón, que palpita aterrado. El mundo a tu alrededor se siente tardío, aunque sigue siendo temprano. Esto aún puede solucionarse.

Sale el sol y caminas por las saturadas calles de la ciudad. Avanzas entre rostros desconocidos, sin luz y sin nombre, pues para ti solo son sombras amenazantes, en las cuales no puedes confiar. Abrumada por el gentío disperso y el apestoso olor de las cloacas, recuerdas el ejercicio que se te enseñó en la clínica; cierras los ojos, respiras profundamente y continuas con tu camino, como si nada tuviera importancia a tu alrededor. Solo existes tú con el sendero.

La doctora te espera detrás del escritorio. Los muros blancos del consultorio te reciben con hospitalidad. Aquel fresco aroma a flores tranquiliza tus sentimientos más amargos. Irónicamente, estás a salvo. Nadie puede lastimarte ahí dentro, pues estás protegida por las fuerzas naturales de la bondad. Su suave voz te invita a tomar asiento.

– Dime, ¿has continuado con tus medicamentos?– pregunta.

– Sí doctora, todos los días. Pero algo anda mal, este sueño me inquieta como muy pocas desde que

dejé la clínica. Tengo miedo, tengo miedo de volver a lastimarme. Me aterra ir a dormir esta noche y no poder soñar otra cosa que no sea esos terribles maullidos.

– Es normal sentirse aterrada. Hemos hablado de esto, es parte del proceso de adaptación. Las transiciones pueden ser duras, requieren de voluntades fuertes para pelear contra tu antiguo ser y abrirle paso al nuevo.

– Lo sé, pero esto se siente diferente. Entiéndame doctora, cada noche busco salvarle y cada vez que lo intento, llego demasiado tarde. De mí solo queda ver como todo a mi alrededor se oscurece, incapaz de protegerlo.

– Y ese gato que se te aparece, ¿lo reconoces?

– No lo sé. Me recuerda a Pesadilla.– respondes.– Nunca me dejaron tener mascotas, pero ese cachorro fue una excepción. Lo encontré abandonado dentro de una caja sobre la acera. Me atrapó su soledad. Aquellos ojos tristes se apoyaban en los míos. Él necesitaba de mí y eso me hizo sentir segura.

– ¿Qué fue de Pesadilla?

– Él se marchó.– dices afligida.– Me dejó una tarde de invierno. Subió por el tejado para nunca regresar. Yo le di todo, no solo lo cuidé. Fui su compañera desde el día que nuestros caminos se cruzaron. Aun después de eso, no reparó en abandonarme con mi dolor. Me dejó sola en un mundo que no estaba dispuesto a abrirme los brazos.

– ¿Estás segura de eso? Tal vez no encontró el camino de regreso a casa, o bien, se le pudo atravesar un obstáculo inesperado. De cualquier forma, las mascotas nos enseñan a afrontar las crueldades de la vida. Cada noche, ese pobre gato caerá una y otra vez bajo las tinieblas. Tú tratarás de rescatarlo, pues tu corazón es noble, yo lo conozco. Sin embargo, te encontrarás con una dura realidad; no puedes salvarlo, por mucho que llores, por mucho que corras en desesperación. Aquello es un hecho inamovible.

>> La persona que fuimos, las decisiones que tomamos, la sangre que derramamos, todas esas son cuchillas que nos atormentarán allá donde vayamos. Lo único que podemos hacer para sobrellevarlo, es elegir la actitud con la que encaramos nuestros demonios. Elige salvar al gato, o elige preservar lo que aún queda de ti, aquello que puedes llegar a ser. Esa es la tarea que recae sobre tus hombros.

Agobiada, presionas el colmillo que ahora guardas en tu bolsillo.

– La escucho doctora. ¿Pero qué pasa si son demasiado fuertes? Trato de no escuchar las voces, trato de decirles que paren. No obstante, cada vez que las cosas parecen ir bien; cada vez que el viento parece estar callado a mi alrededor; cada vez que parezco

estar retomando los remos de mi barca; una voz brota desde mis entrañas, para recordarme que soy una prisionera y allá donde esté, volveré a hacerme daño. Jamás seré libre, jamás perteneceré, por mucho que pretenda adaptarme a esta solución. Seguiré siendo una extraña fuera de estas cuatro paredes.

– Entonces, escucha esas voces. Presta atención, porque ellas solo quieren el entendimiento que cualquier criatura busca en este planeta. Una vez que comprendas su origen, cuando compartas ese dolor, será momento de dejarlas ir.– la doctora se levanta, toma una rosa de su florero y la deposita en tu mano.– No existe motivo alguno para arrastrar con nuestro tormento. Pero, por alguna razón, nos aferramos a su penuria. Sentimos que es nuestro lugar, aunque solo nos hace daño.– sientes su dulce mirada sobre ti.– Ya no tienes que castigarte, ni cargar con la culpa. Hoy puedes decidir tomar un camino diferente.

Termina la consulta. El lugar se encuentra vacío, como tu mente en estos momentos. Buscas la salida, pero te das cuenta de que en realidad, no sabes a donde ir. Permaneces parada, en busca de una súbita respuesta, hasta que escuchas un débil sonido venir desde el fondo del pasillo. Incredula, te das la vuelta.

Tus ojos no creen lo que estás viendo. Se trata de Pesadilla, maullando en un rincón. Esta vez puedes jurar que es el auténtico. Se mueve con su claro pelaje atigrado y sus grandes ojos de esmeralda que brillan con el mismo resplandor que tenían el día que lo encontraste. Aquel día que caminabas sin esperanza, maltratada y sin porvenir. Cuando eran más las razones para decir adiós. Esa tarde en la que, ahogada en tu desesperanza, el mundo te ofreció una oportunidad para seguir. Aquella oportunidad que se apareció cuando menos la esperabas, aquella a la que le fallaste.

Sin pensarlo dos veces, sigues su paso por las escaleras. El minino trepa velozmente, dejandote atrás. Agotada, perseveras sin perderlo de vista, contando los pisos en tu cabeza. *Tres, cuatro, cinco, siete, nueve.* Dolores agudos comienzan a perforar tu frente con repentinas jaquecas que no paran de atacar, agudizándose con cada escalón. De alguna forma, consigues continuar, pues es más grande el deseo que tienes por alcanzarlo y tenerlo contigo para refugiarse en compañía del otro.

Lo alcanzas en el noveno y último piso. La puerta hacia la terraza está abierta. El fugaz recuerdo de tu sueño surge en tu memoria, trazando delicadamente el orden de los acontecimientos. Pesadilla ya se encuentra sobre muro de la barandilla. Te espera con una mirada quieta. No maúlla en esta ocasión, en cambio, su mirada te sugiere que te acercarte. Ahora comprendes todo, quizás no puedas evitar lo que está a punto de pasar. No podrás detenerlo, ya que él siempre estará un paso adelante, pero eso no significa

que no puedas acompañarlo. Tal vez si lo terminas junto a él, podrán ser libres del peligro, el miedo y el suplicio. Podrán estar juntos durante toda la eternidad.

Mantienes tu puño pegado al pecho, resguardando tu colmillo. Cierras los ojos y avanzas lentamente, como si nada a tu alrededor tuviera sentido. Sólo existen Pesadilla y tú. Te detienes unos pasos antes. Le echas un último vistazo, solo para que las palabras de la doctora retumben en tus adentros. *Este no es mi gato*, piensas. Y efectivamente, aquel pequeño animal lastimado guarda poco parecido con quien alguna vez

fue tu compañero. Aquellas cicatrices, las cortadas y esos ojos llorosos, poco puedes hacer para mejorarlos, mas que dejarlos ser para poder perdonarlos.

Tomas una bocanada de aire, antes de alejarte de la barandilla. Te miras a ti misma por encima. Tu pasado salta.

Un peso suelta tus dedos. El colmillo ha desaparecido. Desconcertada, avanzas para asomarte. Un par de lágrimas recorren tu rostro con alivio. Ha caído de pie.



La corrida

de Samara Villalón Tavizon

1er Lugar

Cuento Corto

Categoría Profesional y Posgrado

Campus Monterrey

Donde hay toros, hay sangre. Lo aprendí la primera vez que vi una corrida, en mi cumpleaños número diez. Antes de eso, no tenía permitido ir a la plaza, porque en la plaza había personas y las personas se enjambraban y derramaban sus cervezas y aullaban de deleite y no era un lugar apto para una niña como la que era yo. Casi ningún lugar era apto para una niña como la que era yo. *Es un día especial, becerra.* Mi papá nos llevó a mi hermano Tomás y a mí al espacio entre la barrera y la contrabarrera, abajo del tendido, porque mi silla de ruedas no cabía entre las butacas. *La de hoy va para tí* y se perdió con su chaquetilla negra al entrar a esa habitación que llaman «la suerte».

Minutos después, tía Luly llegó a nuestro lado supurando perfume de gardenia y con los labios escurriendo carmesí me dio un beso que me dejó una marca pegostosa en el cachete. Me dijo feliz cumpleaños, sacó de su bolsa un regalo envuelto en papel rosa chillante y lo puso en mis manos. *Ay reinita, con todo y esa silla mira nomás qué chula estás. Qué gusto ver que sales, eh, muy bien chiquita, muy bien. ¿Quieres que te ayude a abrirlo?* Lo abrió. Era una Barbie. *Barbie Fashionista*, decía la caja en la que venía la muñeca rubia, sentada en una silla de ruedas. Al verla, sentí algo parecido a lo que se siente cuando se le echa sal a una herida. Tía Luly me observaba con una sonrisa de oreja a oreja esperando a que dijera algo. *Gracias tía, pero yo quería la sirena.* Y entonces Tomás me jaló del pelo y me hizo voltear al ruedo.

De una puerta escarlata salió el toro, a quien presentaron como “Melancólico”. Era más pequeño de lo que había imaginado, con unos ojos que parecían al borde del llanto, un pelaje azabache tan brillante que me dieron ganas de acariciarlo y los cuernos mirando hacia abajo. Mi padre se colocó en el centro del ruedo con su capote extendido y Melancólico arrancó con los muslos más anchos que yo había visto nunca. No podía desviar la mirada de él, de sus patas que se elevaban del suelo como si aquel novillo de trescientos cincuenta kilogramos fuera una pluma y, que al caer, hacían nubes con el polvo de la pista. No sé cuánto tiempo había pasado, pero cuando el estoque final cayó en su espalda tenía ya tres pares de banderillas colgando. Vi sus patas delanteras doblarse primero. Luego, cayó ante mi padre con el estruendoso aplauso de los aficionados que llenaban el graderío. Él se volteó

hacia mí y me tiró un beso. Yo me quedé inmóvil, con el estómago hecho nudo y un dolor punzante en mis piernas fantasma. *¿Estás llorando, becerrita?* Tomás se soltó a reír. *No seas mensa, nomás es un animal.*

Casi todas las noches soñaba con correr. Correr en llanuras cubiertas de flores silvestres a cielo abierto. Pero esa noche, en mis sueños, corrí en una pradera de muñecas desmembradas y en medio de ellas apareció Melancólico, con el número 125 grabado en el lomo y rubís en lugar de ojos. Se posó frente a mí con la muerte clavada en la espalda y de su vientre brotó un coágulo de sangre del tamaño de mi cabeza. Desperté sudando, con retortijones tan fuertes que hacían que me zumbaban los oídos. Vi una mancha de sangre en la sábana blanca y grité aterrada. Mari llegó corriendo a mi cuarto y me explicó todo. *Ahora eres una señorita, mija*, dijo mientras lavaba las sábanas con bicarbonato y yo me tomaba el té de manzanilla que me había hecho para el dolor, que me provocaba náuseas y hacía que la vista se me nublara. Entendí pronto que ser una señorita significaba vértigo. Escuchaba a mi padre suspirar en las madrugadas afuera de mi recámara y veía a Tomás espiar a través de la rendija de la puerta del baño cuando Mari me duchaba. Empezó a entrar a mi cuarto de noche, a darme masajes en lugares que ni yo misma había tocado y a pedirme que lo sobara *ahí abajo*, entre las piernas. Me decía que le dolía y que era la única que podía ayudarlo. Lo veía contento y no entendía cómo disfrutaba algo que a mí sólo me confundía, me revolvió el estómago y me dejaba sintiéndome sucia, tan sucia. Sucia de una forma que no se iba ni con todo el jabón del mundo. Mari de algún modo notó la sombra que me acechaba y me hizo muchas preguntas que no respondí porque la vergüenza me ataba la lengua. Los amigos de mi padre me veían con los ojos llenos de fuego. *Qué guapa se puso tu chamaca, Miguel. Oye, y ¿así como está puede...*

Desde que me declararon *señorita*, tuve permiso de visitar la ganadería de la familia y comencé a pasar más tiempo en el corral con Mari, que además de cuidar la casa muchas veces se encargaba de los toros. En poco tiempo me encariñé con Asterión, un toro de quinientos cincuenta kilos que me recordaba a Melancólico por sus astas gachas y su pelaje negro tormenta. Era el más bravo del grupo y eso me gustaba.

Entre más crecía, más ternura sentía por aquellas criaturas tan indomables y tan ávidas de movimiento y más aborrecía lo que hacían mi padre, Tomás y todos los que se les parecían. Surgió en mí una ira como diamante en bruto. En las noches en las que Tomás iba a mi cuarto y el dolor o el vómito se acumulaban en mi garganta, me gustaba pensar en Asterión y en que algún día le daría guerra a mi hermano en el ruedo.

Cuando cumplí quince años, mi papá organizó una faena en mi honor. El diestro principal sería Felipe Barbosa, reconocidísimo matador de la ciudad, mentor y amigo cercano de mi padre, quien sería el segundo torero, seguido por Tomás. Por petición mía, Asterión sería la estrella de la corrida. Fue el cuarto toro de seis y le correspondía a Barbosa lidiarlo. Pasaron diez minutos en los que los picadores sólo atinaron una vez en la cruz. Eso, en lugar de debilitarlo, embraveció más a Asterión, que corrió directo hacia Barbosa y le clavó el cuerno derecho en el muslo. El público dio un grito ahogado y la faena se detuvo en seco para evaluar los daños. Ver a Felipe corneado despertó en mí una satisfacción sombría. Imaginé a Tomás en su lugar y eso me produjo un placer que me estremeció. A pesar de la cornada, el evento continuó y fue tal la admiración de la audiencia, que Asterión fue indultado. A los tres toreros les aplaudieron de pie y vi el pecho de mi hermano inflarse de poder. Esa noche fue la peor de todas. Tomás entró a mi cuarto como lo había hecho por años, pero sus manos destilaron más odio que nunca y sus arremetidas me dejaron temblando de ardor y de rabia, con garras incrustadas en la carne y el corazón vuelto vidrio fracturado.

Cuando todos dormían, fui al corral. La lluvia caía sobre mis hombros desnudos y sobre la tierra que con cada segundo se volvía más un lodazal que hacía que mis llantas se atoraran. Empujé y empujé hasta llegar a la puerta rojo carmín. La abrí y me puse frente a frente con Asterión. Nos vimos a los ojos por minutos. Lloré y él lloró. Pasé mis manos sobre su pelaje y apoyé la cabeza en su costado. Acaricié su rostro y él se inclinó hacia mí. Con su lengua cálida lamió suavemente los residuos de mis no-piernas y yo rodeé su cuello con mis brazos y monté hasta su lomo. Ahí, lo abracé hasta que el sol se alzó.

Sobre mis dos muñones crecieron pelos crespos color azabache y luego dos bultos de carne que se volvieron patas con pezuñas destellantes. Pude pararme y caminar. Mi padre dejó de verme a los ojos y me prohibió salir durante el día. Decía tener miedo de lo que otros pudieran hacerme. Y sí, mis patas eran igual de monstruosas para el mundo que su falta, pero ahora sé que él es parte de los otros y a lo que le tenía miedo era a mí. Tomás ya no me pedía que lo tocara ni quería tocarme. Al inicio, verme así, ni humana ni toro, también me provocaba repulsión. Pero pronto me acostumbré a mi nuevo cuerpo y corrí. Corrí bajo la luz de la luna, cuando nadie podía verme, en los pastizales llenos de flores salvajes. Me crecieron astas y la ira que

había nacido en mí se hizo por fin diamante. Entendí que no estoy hecha para quedarme quieta y que jamás lo estuve. Entonces, fui yo la que entró al cuarto de Tomás en plena madrugada. Lo desperté. Miré sus ojos petrificados y con una embestida le clavé los cuernos a ambos lados del pecho. Ver su sangre escurrirse como mercurio rojo sobre la alfombra y sentir sus manos caer con su respiración me produjo un placer que me estremeció. Al ver lo que había hecho, mi padre me dijo *bestia* y me condenó a muerte.

Ahora estoy aquí, tras la puerta de toriles, esperando mi faena en este cuarto que huele a tierra, a sudor y a sangre. La sangre de mi hermano que tengo aún en los cuernos y la sangre de mi padre que mañana estará en ellos.



INRI (o “Amor eterno”)

de Luis Elías Vázquez Barreto

2do Lugar

Cuento Corto

Categoría Profesional y Posgrado

Campus Ciudad de México

Mi papá tiene el complejo de Cristo de repartir el pan. Cada mañana compra una baguet de ajonjolí negro en la Esperanza de la esquina, y durante el desayuno la parte en pedacitos para distribuirlos entre él, mi hermano y yo. Así comenzó su afición, rompiendo el pan. Luego fue la vecina del 106, la del letrerito de “Esta casa es católica” en su puerta, la misma que le dijo que se parecía a Jesucristo, nuestro Señor y Salvador. Ni hablar de las visiones en sueños, el cambio de nombre y las cadenas de oración en *Güats* con su foto.

Si usted le pregunta a mi papá por su trabajo, él le va a responder que trabaja como *frilancer*. La verdad es que trabaja como mártir; es decir, como Jesucristo. En realidad, él es ingeniero mecatrónico y futbolista frustrado. Cuando digo que trabaja como *Yisuscraist*—alabado sea el Señor—me refiero a que todas las mañanas llega a la Iglesia de Nuestra Señora de la Esperanza y la Santísima Trinidad como a eso de las siete de la mañana para cambiarse, ponerse la túnica sagrada y crucificarse en la cruz. El maquillaje aprendió a hacérselo solo después de pasarse varias horas aprendiendo en tutoriales en *Yutub*. Antes se lo hacía una creyente, Doña Martita (q. e. p. d.), quien falleció por la diabetes que tenía. También intentó trenzar la corona de espinas por su cuenta, pero cuando le dio un hongo porque se pinchó, prefirió que le pidiera una por *Amazon*.

Su jornada acaba cuando la iglesia cierra la puerta principal, como a eso de las once. Por las noches mi papá regresa para cenar, pero a veces se le olvida que él es eso: mi papá. Y nos habla del Reino de los Cielos y de no sé qué tantas babosadas apocalípticas, hasta que lo dejamos solo porque es muy noche y nos vamos a dormir. Lo quiero mucho, lo amo, pero desde que se dejó el cabello largo ya no es el mismo. He hablado con mi hermano y, aunque estamos de acuerdo en que lo vemos más feliz desde que inició con esta afición, la cosa es que esto ya ha empezado a perjudicar nuestra dinámica familiar.

A mi hermano le gusta mucho cantar canciones de Juanga cada que puede, pero en esta nueva etapa de mi papá, las canciones del Divo de Juárez están prohibidas en la casa. En realidad, toda la música está prohibida en la casa, a menos que sean alabanzas o algo

por el estilo. Para distraerlo, le abrimos un *Instagram* en el que hace transmisiones cada viernes por la noche en las que responde preguntas sobre el Reino de Dios y demás choro místico. En este momento tiene unos doscientos mil seguidores. El otro día, una amiga me dijo que, en algún puesto cerca de la

Basílica, vio una foto de mi papá impresa en una playera. No creo que falte mucho para que un fiel creyente se tatúe su rostro en el brazo o en el pecho.

El punto climático fue cuando un domingo nos despertó el ruido de sus gritos al autoflagelarse con un cinturón porque estaba ensayando para el viacrucis de Semana Santa. Entonces decidimos mandarlo al Desierto de Sonora por cuarenta días y cuarenta noches para que viera que ser *Yisuscraist Superstar* no está tan fácil como pudiera parecer a simple vista. Tristemente, la jugada nos salió remal y volvió trascendido, con más ganas de tener un lugar junto a Diostodopoderoso en el Reino Celestial. Nos contó que rechazó la tentación del diablo en tres ocasiones y que estaba listo para llevar el mensaje de Dios a todos los rincones del mundo. Su más grande conclusión fue que no se vive del pan, sino que la fuente vital de todo ser vivo es la Palabra del de allá arriba; entonces ya no hay baguet de ajonjolí, ni desayuno, solo rezo y plegarias.

Amihermano y a mí nos preocupa que ya no tenemos quién pague por nuestra colegiatura. Tampoco hay quién pague por los servicios básicos. No más agua, gas, luz o internet. Ahora nos toca economizar en cada peso que se gasta en la despensa que compramos cada quince días, y a mi hermano lo asaltaron cuando lo mandé por ella el jueves pasado. Estamos considerando vender el carro con la excusa de que lo material es un bien pasajero y que el despojarse de las falsas ilusiones nos acerca a una riqueza infinita, la riqueza de Dios. El plan es que yo termine mi carrera en unos dos años para empezar a trabajar y, entonces, apoyarlo a que él termine la suya. Tampoco es opción que a mi papá lo recontraen en la empresa donde estaba, pues un día destrozó los cubículos del primer piso, diciendo que habían convertido su casa en una cueva de ladrones. Tuvimos suerte de que su jefe era un viejito que le tenía cariño por tantos años que compartieron en la oficina y decidió no demandarlo.

Desde ayer sigo dudando de si creer en su estatus de profeta. En la madrugada, la vecina del 106 llevó de emergencia a su nietecito a la casa. El niño estaba convulsionando y ella decía que era porque estaba poseído. Mi papá solo puso su mano en la frente del bebé y cerró los ojos. Al instante, el niño se tranquilizó, como si nada hubiera pasado. Entonces mi papá le preguntó a la señora si el bebé estaba bautizado y ella le respondió que no. Por primera vez vi cómo le dieron la gracia bautismal a alguien en un fregadero en el que todavía había trastes sucios. En una de esas mi papá sí nos está diciendo la verdad, en una de esas sí es el nuevo Mesías.

Ahorita estamos mi hermano y yo en la sala de espera de urgencias porque en la mañana mi papá se hizo hoyos en las manos para clavarse en la cruz. Dijo que se cansó de fingir el sufrimiento de Jesús y que su alma le pide sentirlo en carne propia. Aquí entre nos, también me susurró que quería resucitar al tercer día por el perdón de los pecados. Desde una oficina suena *Abrázame muy fuerte* y mi hermano se pone a cantar. Uno de los familiares de algún enfermo se le acerca, le dice que canta igualito al Divo de Juárez y le pregunta si no es un imitador.

—Lo qué se ve, no se pregunta —responde a la vez que un grupo de residentes se pelea con varios

pacientes del hospital. Creyentes ocasionales que quieren entrar al cuarto de rehabilitación de mi papá para pedirle un milagro, una oración, lo que sea, con tal de que los cure.



Mi hermano tiene el complejo de Juanga de vestir sacos y lentejuelas. Así comenzó su afición, con sacos y lentejuelas. Luego fue la enfermera del 20 de Noviembre, la que siempre pone *Amor Eterno*—pero la versión de Juanga—, no la de Rocío Dúrcal—cada que venimos a visitar a mi papá, la misma que le dijo que en una de esas él era la reencarnación del mismísimo Divo de Juárez.

Y ahora canto con él.

Yo he sufrido tanto por tu ausencia

Desde ese día hasta hoy no soy feliz

Y aunque tengo tranquila mi conciencia

Sé que pude haber yo hecho más por ti



Entre comillas y colmillos

de Edgardo O Álvarez Hernández

1er Lugar

Cuento Largo

Categoría Preparatoria

Campus Metepec

“Si acaso llegaba una pipa de agua cada dos semanas, y eso fue solo porque algunos fueron a quemar la casa del *alcalde* con modestas exigencias. Esas que se desprenden del terrible hábito de comer tres veces al día y tener acceso a agua potable, usted sabe, ¿no? Tampoco es que faltara agua natural aquí. El pueblo está sobre chingos de aguas, ‘namás que todo se iba a la ciudad más cercana, aunque me dicen que de ciudad sólo tiene el nombre. Alguna vez escuché que contaba con una plaza de esas con concepto *Tulum paradise* y un edificio de seis pisos con elevador y todo el desmadre. La verdad es un poco más cruel, “la falta de distribución hidráulica” eran palabrotas de la politiquería para no decirnos que el narco ya nos la tenía bien adentro.

Oigan, pero había internet y eso que ni qué. Se montaba el despapaye en el estéreo del Yeison, el de la troca tuneada *verde chingamelavista* que tronaba pura Doble P, El Rey del Morbo y los corridos de los *United*. A puro cubatazo y Sonido Pirata se vivían las noches banqueteras afuera de la tiendita “Don Raulo”. Digo se vivían porque lo mataron hace dos días, usted sabe.

Probablemente mi caso no sea excepcional en un lugar como este. Me gradué de la escuela no.69 con especialidad en partir madres. La universidad de la calle me enseñó que el título no te vuelve inmune a las balas. Hace falta mirar al Inge Tulio que mucho ladra de que si primero de la generación, que si promedio de excelencia, bla bla bla... Ahorita anda chambeando con su mamá en las gorditas porque aquí o trabajas para la *maña* o trabajas para la *maña*. Ahí está el de la maestría sirviéndoles su caldito tlalpeño, el de la prepa trunca disparando sus armas o ya de plano, el primo presumiendo su chalequito con el estampado del escuadrón de la muerte en el instagram.

Uno aquí no es el culpable, dime cuánto ganas y te digo cuánto ha de valer tu pinche vi...”

Bueno, ese fue todo el tiempo que teníamos con “el Patas”, miembro detenido del grupo delictivo “Los colmilludos”. Seguimos la tragedia en el pueblo de Aboreo con este emotivo comentario de una joven y *humilde* campesina de la localidad, quien nos contará

con más detalle de su sufrimiento a manos del crimen organizado. Continuamos en *La nota Amarilla* después de este comercial.

–¡Ahuevo, este desmadre sí nos va a sacar rating, Gutiérrez! Vete pidiendo los pomos. La gente es morbosa, ya no les hacen nada las decapitaciones y los quemados. Hay que atacar su emotividad, lo bueno es que esta chamaca es bien habladora y se atrevió a ventilar todo su cuchitril de pueblo. ¡Dios la bendiga, Gutiérrez!

–No mame Rogelio, ese pinche pueblo anda en crisis, itenga tantita pena!

–Ya estás de moralino, cabrón. Vete acostumbrando si quieres vivir de esto. Además, no es nuestra pinche culpa que el país esté de la verga, aquí estamos chambeando.

¡Regresamos con este desm....grandísimo problema! Escuchemos qué tiene que decirnos la gente *humilde* de Aboreo.

“Pos la verdad yo no estoy muy segura. Fíjese que al Patas yo lo conocía de la primaria. Es hijo de doña Ger. La mera neta no creo que él haya matado a nadie nunca. ¿Sabe por qué le dicen el Patas?, isu madre lo cachó viendo porno de pies! ‘Nombre, desde entonces no lo bajan de pervertido. Pero fíjese que no es mal chico, él lee mucho y todo lo que gana con Los Colmilludos se lo da sus hermanitos de él, bueno, los vivos verdá’. La cosa es que no mataría ni a una mosca. De tanto que él leía en el *Reddit* y en el *Facebook* se le notaba culto mire. Hablaba de anarcocapitalismo y del libre mercado, tenía ideas bien raras la verdad. Una vez me estaba explicando que si el pueblo en vez de batallar dejara trabajar a la maña, ‘nombre otra cosa sería. Él decía que el narco era el perfecto modelo del libre mercado y pues yo la verdad no entiendo de eso. El único libre mercado que conozco es el de la Calle Libertad.

En fin, sí me entristece lo que está pasando en el

pueblo. Mi 'apá tiene que darle la mitad de lo que gana con la siembra a Los Colmilludos, y mi madre vive con el *Jesús* en la boca. Ya nadie sale a partir de las siete de la noche, y la patrulla está de adorno. Mucha disque "protección" del gobierno y el don Raulo tuvo que cerrar su miscelánea. Orita tengo que ir por el queso doble crema hasta la otra tiendita del otro lado del pueblo, y esa ya no la encuentra abierta uno muy tarde, 'tons si se nos ponen las cosas difíciles. Y aunque uno quisiese comprar allá, todo está carísimo. Me dice la dueña que le andan cobrando *derecho de piso* y que no tiene de otra. Mi padre dice que a esos "cabrones" hay que mandarlos "derecho a la chingada".

Pero volviendo a la matanza de los quince campesinos, nos tiene preocupados. Ya no puedo seguirle a la prepa que porque los maestros no quieren dar clases con tanta inseguridad. El nuevo alcalde (no el que quemaron, el otro) dice que les va a dar pistolas para que se defiendan, pero los otros agricultores ya se adelantaron. Precisamente los amigos de mi 'apá fueron a quienes mataron. Haga de cuenta que cuando llegaron el convoy de Los Colmilludos, don Eladio junto a otros que cosechaban por la zona no quisieron pagarles el piso y que se les enfrentan a puro hoz y martillo, dice el Patas que eso fue "delirio comunista". Yo la verdad intento convencer a mi 'apá que no se le ocurra hacer esa locura. De repente me trata de tonta, pero estoy convencida de que el asunto de las autodefensas no es la verdadera solución, mírenos allá con los cuerpos de los campesinos. Ya casi va a ser su velorio, ¿quiere venir?

Mire, yo sé que ustedes nos ven como marginados e incapaces. Sucede cada temporada de elecciones. Viene el candidato o la candidata así bien trajeaditos y nos tratan como animales de zoológico. Se esperan que uno les hable en dialecto o no sé, pero aquí nos dedicamos a la siembra y sí le trabajamos para venderle a los mercados de La Ciudad Real. El otro día vino el nuevo alcalde (el que no quemaron), y pretendió que nos entendía porque traía Guayabera, 'nombre, creo que es el primer alcalde al que le da miedo su propio pueblo. Si viera cómo lo corretearon hasta el palacio municipal. Se lo merece, a ese hombre yo no lo he visto en mi vida, y mire que tengo dieciocho años viviendo aquí, pos si nunca me he ido verdá.

Yo no creo que haya soluciones rápidas. Todo mundo promete y promete, esos campesinos no se reviven con promesas. Mírelos ya están bien tiesos. Ni siquiera sé qué podríamos hacer, a veces parece que como que nos acostumbremos a vivir así. Tampoco me gustaría que el Patas se fuera a la cárcel, me consta que no es mal chavo, solamente andaba en malos pasos. Ya hablé con su madre y dice que el cártel lo va a liberar, hablando de libre mercado. ¿A cuántas personas se transmite esto?"

Esa fue la entrevista con Jacky, una chica muy *humilde* preocupada por su comunidad.

iRecuerde los patrocinadores de hoy, las ollas Mclelland! el mejor acompañante en su cocina, ¡Llame ya para recibir un descuento!

Siguiendo con la programación, tenemos una tercera entrevista con un amigo del Patas y Jacky para tener una tercera opinión de todo este asunto. En este noticiero nos preocupamos por la verdad y la imparcialidad, síganos en todas nuestras redes sociales como @La Nota Amarilla Mx.

–Pinche Gutiérrez, este es el mejor programa que hemos tenido hasta ahorita. Esa Jacky bien despistada, ¿no le parece? No cabe duda que Aboreo tiene mucha carnita para darnos.

–Me cae que la gente no tiene remedio, la transmisión tiene quinientos espectadores, estamos como nunca.

–Son cinco melones papá, ponte las pilas, ¿no sabes leer? ¡Cinco millones, Gutiérrez! A este paso nos chingamos al programucho del canal Olmea. 'Nombre, el jefe hasta va a estar brincando de alegría, en una de esas le exijo más lana.

–Rogelio, usted y yo sabemos que...

–¡Usted y yo nada, carajo! Aquí sólo mando yo, cabrón. Tú estás a mi disposición, vele diciendo a Martita que vaya preparando la tercer entrevista que ya me tienes hasta la madre.

–Bájale de huevos, Rogelio. Yo soy el coproductor de este pinche noticiero de segunda. Si no fuera por el favor del jefe, yo anduviera produciendo pura pinche película taquillera y no tus mamadas.

–Bijili di huivis, ya cálmese, Gutiérrez. Tenemos que seguir con este pedo.

¡Y volvemos con *La Nota Amarilla*! Nos contactamos con "El limpia Pisos". Se trata de un joven de la localidad de Aboreo quien viene a profundizar en los conflictos que recientemente sucedieron en su pueblo: ¡La matanza de los veinte campesinos!

“¿Que por qué me dicen el limpia pisos? porque limpio pisos en los baños de la gas. Ese wey del Patas es un valedor mío que quiso entrarle a Los Colmilludos, y la Jacky es su novia. Yo la verdad nunca quise entrarle a ese rollo, mi jefecita anda ciudadano a dos hermanos y pos ocupa ayuda. El Tony tiene cinco años y la Flaca tres nomás. Limpiando pisos no me alcanza y pos tengo que recurrir a otras vías. No te creas que ando

matando gente ni nada, yo solo distribuyo. Pues cómo hacerle aquí, eso es lo que queda.

El Patas pues es medio cobardón, no lo veo matando a nadie. A mí se me hace que alguno de los Colmilludos le puso un cuatro y lo mandaron a alivianar a los campesinos, pero ese wey ni disparar sabía. Una vez me andaba presumiendo el rifle que le habían dado, ni recargar podía el pendejo, se disparó al pie y casi me mata. Chance y esa es la única vez que ha estado cerca de matar a alguien ese carnal.

Yo pura distribución, papi. Nada de conflictos, únicamente con los que me la hacen de pedo, claro está. ¿Sí están censurando mi cara, verdad? Bueno, que el asunto aquí está grueso, no por nada el nombre del pueblo. ¡Aboreo!, a ver pregúntame *qué es Alboero*

¡Esta!

Me auto-alburee, pero se entiende, ¿no mi mai? Puro albur aquí en Aboreo, en medio de Tiro y Oplo.

Como te decía, el Patas era un perverso y ya. Su novia le consentía los caprichos y de repente se les escuchaba en el *Ford Fiesta 1900* no me acuerdo qué del Patas bien apasionados “ay tus patitas, ay tus

patitas”. Un asco. Ese apodo le quedaba re bien. Vivía su intimidad a través de un cristal, ese wey.

Total que yo aquí no figuro nada, ¿para qué me entrevistas, eh? ¿Cómo se llama el canal? ¿Está en el Youtube?”

Querida audiencia, eso fue todo por parte de este interesante y muy *humilde* sujeto. Como puede ver, este problema tiene raíces muy complejas. Si quiere seguir conociendo la historia del pueblo de Aboreo, contrate nuestro canal Premium Omega Deluxe Alpha Crystal Damantium Edición Especial. Ahí podrá usted encontrar un Reality Show completamente verdadero, donde nuestros periodistas arriesgan su vida para seguir el día a día de esta comunidad bajo el yugo del crimen organizado. ¡No se pierda de los detalles de la realidad mexicana, esta vez en alta definición! Nos vemos en el siguiente programa de *La Nota Amarilla*, con el tema: *El agua en Monterrey: ¿Crisis o Anécdota?*

–Pinche Gutiérrez, esta vez sí nos rifamos.



Amor tibio, a medias, frío, amor vacío

de Danna Valeria Badillo Díaz

2do Lugar
Cuento Largo
Categoría Preparatoria
Campus Zacatecas

No sé cuando pasó, el día, la hora, solo sé, que perdí la razón. Ese fue el comienzo de mi maldito deceso, quisiera volver y ni siquiera haber intentado aquello de lo que hoy me arrepiento.

4.09.12

Desearía recordar el día pero mis intentos son vacíos, recuerdo su aliento después de haberme saludado con un amargo beso, ese olor a cerveza, ese olor de haber bebido sin pereza, de haber llegado después de tomarse una siesta en algún otro lado, olvidando así, mi rastro.

Ignoraba el hecho de que me había sido infiel, no con una sino con más de tres mujeres, conocidas y queridas, amigas mías aquellas mismas que había traído a mi casa, invitado una taza de té y conversar acerca de lo mucho que lo odiábamos a él, porque sí, ellas sabían lo que me hacía, no parecía haber secretos en medio de mis pesadillas; pero aún así encerrados en la tienda o en el antiguo trabajo de escuela se encontraban, y ellas olvidaban la invitación a mi morada o incluso a mis niños que ahora jugaban con sus hijos.

A escondidas entre la noche se veían, divirtiéndose en medio de botellas de vino, cigarros y de dinero que no era mío, lo peor era cuando volvía, cuando después de los vicios regresaba a la casa que le seguía dando asilo. Llegaba. Nos gritaba, nos aventaba y una que otra vez nos golpeaba por no ser la familia que era el fruto divino de las mujeres con las que se acostaba.

Me iba, me iba caminando con mis hombros pesados, porque no corría, no corría a aquella persona que se apoderaba de mi casa, de mi familia y de todo aquello que me rodeaba.

Cuando yo le servía su comida, tenía que ser en el plato más blanco y amplio de la casa, buscar entre los gabinetes cafés para poder ver lo que él deseaba y ahí servir la comida, helada o hirviendo, si era una sopa de esas que él detestaba tenía que salir humo a montones y que la cerámica hirviera más que mi sangre después de que me gritara que era la peor comida que alguna vez había probado; si por su lado, era ensalada o algo que se consume frío, tenía que ir acompañado con algo igual de frío que lo servido, tal vez con un refresco

para quitar la sed, algo para que después pudiera decir que estaba cansado de lo mismo, de la misma comida sin sabor y sin color, ¿acaso él quería entonces algo tibio? ¿algo frío como nuestro amor? ¿o algo que quemara con su resplandor? No, él quería algo tibio, algo a medias, algo que con el frío se consumiera y que con lo caliente simplemente no hirviera, él, me había convertido en algo tibio.

Sentía la soledad como si yo fuera parte de esta misma y el calor que me destruía simplemente lo dejaba pasar por mis venas como si no importara, como si el dolor realmente no estuviera, y así viví gran parte de mi miseria porque no podía sobrevivir el frío y tampoco podía dejar lo caliente de ese plato, porque me calmaba después de lo helado de la soledad que me había dejado, me quemaba claro, pero me gustaba saber que la intensidad de ambos extremos era parte de lo único que sentía.

El fruto de nuestras miserias de amor se encontraba en esa mesa, esa mesa pequeña para dos, forzábamos que diariamente pudieran entrar dos sillas más en las esquinas o en donde fuera pero que pudiéramos estar todos juntos, ahí en esa pequeña mesa de madera (miseria). Cuando él no estaba, era más fácil hacer que una silla se acoplara a la mesa, podíamos comer los cuatro sin ningún problema. Santiago se mantenía fiel a su cuaderno de dibujos, a sus crayones rotos y a sus esperanzas de que yo, su madre, dejara al infeliz de su padre, por otro lado estaba Nora, esperando a que su padre llegara, no se, tal vez le gustaba que él la cargara o que le diera besos húmedos de alcohol; ¿a mí? A mí solo me gustaba usar esa excusa para no dejarlo, para ir con la familia o mis amigas a decir que él era un padre ejemplar que día con día abrazaba a su hija y se divertía jugando con su niño, deje se presumirlo porque mi familia y mis amigos preguntaban el trato que él tenía conmigo, no podía decir que me aventaba, que me gritaba o que incluso me golpeaba cada que en esa puerta su silueta se asomaba, en fin, deje de ir con mis amigas y de pasar tiempo con mi familia, no quería que me vieran con esa cara alargada porque sabían que él no me merecía pero que yo, no podía dejarlo, no lo hacía por los niños; Santiago lo odiaba, Nora ni idea tenía de que su padre era aquel monstruo que plantaba besos en su mejilla, no lo dejaba porque tenía miedo, y ya ni siquiera existía el miedo de los golpes o

de los aventones, el miedo de ir nuevamente con mi familia y mis amigas y que vieran que a mi lado ya no estaba él, ya no me veían más con aquella persona que me daba la mano al caminar o que cargaba mi abrigo sin quejar, que ahora él se veía con más mujeres y yo parecía verme estancada entre paredes.

Hubo un viaje, que digo uno, varios.

Él no estaba conmigo esa era la única diferencia yo me encontraba en otro continente y él se mantenía en nuestra casa, mi casa. La casa de mi madre. Todos notaron algunas peculiaridades, él se veía más ¿feliz? No, esa no es la palabra, él se veía tranquilo, como si nosotros fuéramos una carga en su vida, no llegaba borracho, empezó a cuidar su cuerpo y parecía raro, pero a menos que golpeará a las miserables almohadas sus nudillos no estaban rojos ni agrietados y las paredes mantenían la pintura original, sin pedazos pintados en blanco, era algo bueno, pero yo, las semanas que estuve lejos puedo decir que me gusto estar con mi hijo y yo a solas; pero extrañaba ese hostigamiento, ese ruido que penetraba mis pensamientos, tal vez lo extrañaba y eso era el delirio de mi vida y mi maldición misma.

Él se podía ir pero yo no lo corría, era como si yo suplicara más porque se quedara que porque dejara de golpearme, de gritarme y de azotarme con sus manos, esas manos gordas y llenas de alcohol de cervezas mal abiertas.

Podría decir que éramos felices en diferentes mundos, en diferentes lugares, pero sin duda, no éramos felices juntos, eso lo tenía claro: hablaba mi piel, mis hijos, mi familia, todo.

Cuando por fin había llegado temprano ni siquiera estaba yo ahí, estaban mis hermanos y mi familia, no sé porque cuando sus hijos y yo rodeábamos la casa él simplemente nunca estaba ¿acaso nos tenía miedo? ¿qué esta historia está siendo mal contada? yo soy la que tuvo, tiene y tendrá miedo, miedo de acercarse a la persona que hizo que la palabra “familia” funcionara por primera vez, y ahora no importa si estoy de compras o en otro país él simplemente es feliz sin mí.

Hace alrededor de dos años, o tres o cuatro, perdí mi casa, perdí la primera chispa de esperanza, el trabajo que estaba valiendo la pena, se esfumó. Por unos malos tratos y por cosas que mantendré en privado, todos me apoyaron, vendía en la calle esperando por 200 pesos para que nuestros hijos comieran, él iba a promocionar el lugar, yo cocinaba, bueno, no, contraté a alguien para que lo hiciera, entonces ahora tenía que ganar más de \$200 para poder pagar la cena de mis hijos y el trabajo de aquella señora que hacía que la comida siquiera se vendiera. Solo se *vendía* una cosa, ya no sé si en verdad se vendía pero era la cerveza, de eso nunca había, éramos los dueños agarrábamos la comida y las bebidas sin parar, aún así, comida siempre había, cerveza para los clientes *nunca*.

Puedo decir que no todo era malo, extrañaba sus malos chistes y como en cuestión de segundos todos podíamos olvidar que estábamos realmente enojados con él, que con una sonrisa todo volvía a estar bien, pero entonces ¿por qué nos cambió por algo tan insípido como una copa de alcohol, una cerveza mal hecha y un par de cigarros que hacían que sus risas no fueran amenas?

Cuando cargaba a Nora cuando coloreaba con Santiago, tal vez vivo por esos recuerdos pero sigo siendo una tonta, tonta por dejar que esos pequeños momentos opaquen todo lo que nos ha hecho.

Mi madre tuvo casi la misma suerte, pero yo no recuerdo que mi padre nos golpeará o nos amenazaré, él simplemente nos daba lecciones de vida mientras escuchábamos la radio, solo sufría mi madre pero aquí, el infierno es para todos los que compartimos el mismo espacio, me conmueve pensar que también mi mamá aguanto eso, pero no fue por mucho, recuerdo que la última vez que mi padre violentó a mi mamá fue hasta que ella lanzó una tetera de agua hirviendo. Yo me siento inútil, no hay nada que pueda hacer, veo todas las señales, los maltratos pero no logro tomar esa tetera con agua hirviendo, no puedo, no puedo, me repito a mi misma eso diario, entre gritos y llantos, no puedo, no puedo, no puedo...

...

Todos los días parecían ser iguales a excepción de esa mañana, el frío despertar del cuatro de Noviembre de 2012, recuerdo con perfección el hilo rojo que colgaba del punto más alto de la habitación, no se veía nada más que ese desgastado color, y en mi mente recurría la misma pregunta, y otra vez esa escena que evitaba recordar, cada que en mi mente aparecían las imágenes, no había respuestas sólo un sin fin de dudas, había pasado algo, en ese piso marmoleado podía ver las huellas de mis pies descalzos, mi sangre, pero no solo la mía sino también la de él, su pisadas confundidas entre sudor, sangre y lágrimas; pero las pistas no eran claras, un montón de sangre era cosa de cada semana, no ocupaba una razón alguna simplemente pasaba, a excepción de esa noche, me levanté y me sentía diferente, mis brazos y mi cabeza gritaban con vehemencia en fin, lo he llamado: el incidente del hilo rojo, quisiera saber más, averiguar más acerca de por qué colgaba de ahí y como yo me sentía parte de ese misterio, una pista mas que un sujeto.

Las horas pasaron y fui recordando todo lo de la noche anterior, entre tragos y cigarros él, otra vez me golpeó, a diferencia de las otras noches, no me sentía débil, no sé que había comido, leído o escuchado pero con todo lo que ya había vivido me fue suficiente para ponerle fin a todo lo que estaba presente; nos encontrábamos en la cocina, él estaba sentado en la desgastada mesa café, yo calentando la comida

que habíamos repartido un día anterior con todos nuestros amigos y familiares, pero como era de esperar, él nunca apareció. Cometí un error, las tortillas estaban blandas no doradas como le gustaban, me tomó del brazo y lo acercó a la mecha de donde se desprendía el fuego azul, gritaba de dolor pero sabía que él no se detendría. La cocina no era tan grande como me gustaría, recuerdo que era un llorar no tener la isla de cuarzo blanco o la campana que se llevaba todos los humos no deseados, recuerdo como odiaba esa pequeña cocina, pero esa noche me salvó la vida, a lado de la estufa se encontraban los cubiertos, los tenedores de plástico para no tener que lavar, los que los niños se llevaban a la escuela para poder disfrutar de su lonche, las cucharas pequeñas para los postres, las grandes para poder sorber la sopa, hasta el fondo del cajón, los cuchillos.

Acomodábamos los cuchillos según su tamaño y su filo, recuerdo que nunca hubo cuchillos afilados a excepción de esa ocasión, tomé el cuchillo más grande, temerosa de que no tuviera el filo suficiente para que siquiera una gota de sangre derramara. Lo hice, enterré el cuchillo en su gordo brazo, ya no importaba las palabrerías que me diría, todo estaba hecho, me persiguió hasta nuestro cuarto, ahí sin temor alguno volví a clavar el cuchillo en su pierna, le advertí, mis palabras por fin fueron claras y por fin las escuchó, no volvería a mi casa, ni con mis hijos y todo lo anterior iba a quedar en el olvido, con mi mano sujeta en el cuchillo hacía una pequeña presión, la sangre se esparcía lentamente, bajando por su pierna hasta llegar al piso. Lo acompañe a la entrada dando un último recorrido por lo que alguna vez había sido nuestra casa, no hubo un beso de despedida, no hacía falta, los últimos años, meses, días habían sido suficientes para despedir a cualquier persona.

Todo era mejor, las peleas tontas que los niños tenían no involucraban golpes ni regaños, ni patadas ni regalos de arrepentimiento, pero en la noche sentía que algo me seguía, la cama se hundía cuando yo ya estaba dormida, su presencia, la sombra de su ausencia me seguía persiguiendo.

Los días pasaron y las preguntas de los familiares no tardaron en hacerse notar, preguntaban por Fabián, torpemente respondía que estaba en el hospital, que en cuanto estuviera bien lo iríamos a visitar; mis hijos no sabían lo sucedido, entre tantos secretos, uno más no afectaba el cuento.

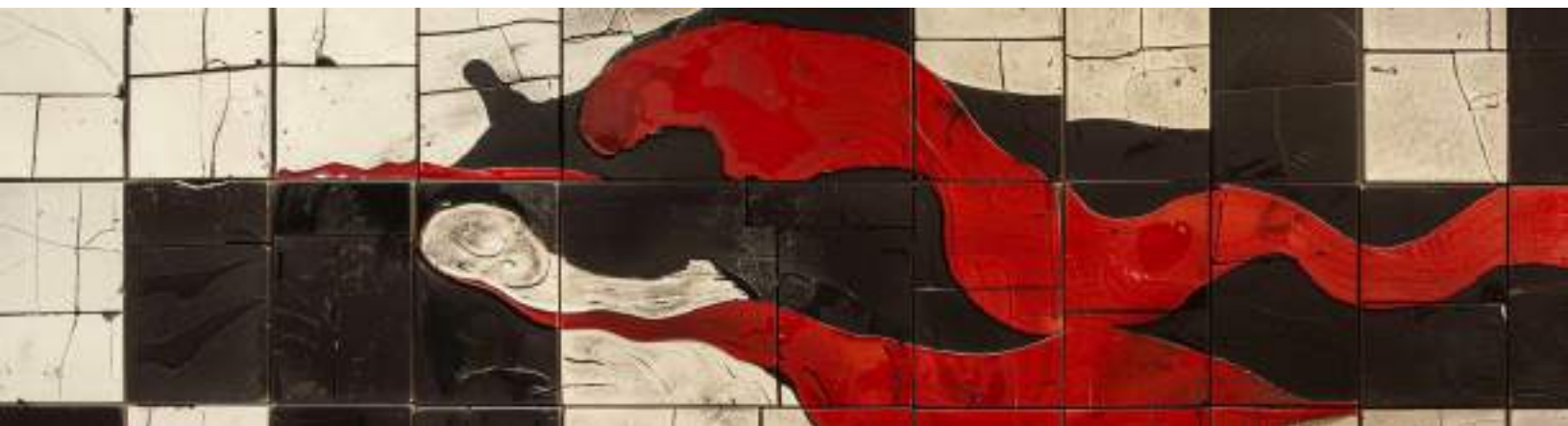
Todos se quedaban viendo, recorriendo mi cara y cuerpo con sus tenebrosos ojos. Ya sospechaban. La astucia de unos, la prespicacia de otros, las dudas de los niños y la arrogancia de los adultos; no creían que llevara tanto en el hospital, cuando nuestro padre enfermo a la semana obtuvimos noticias de él, pero ahora era diferente, a todos les importaba el *¿qué?* pero a nadie el *¿por qué?*, las preguntas que no paraban, las repuestas que de mi boca no brotaban. Me juzgaron, criticaron, con sus amigos cercanos de mi hablaron; pero existía en mi una soledad, no por él sino porque cuando yo estaba sufriendo, ellos jamás se externaron, sabían lo que me pasaba, como lloraba diario, pero seguían manteniendo pláticas amenas con él, conviviendo con mi suegra como si ella tampoco supiera el gran dilema. Hablé con sus hermanos, con su hermana nuevamente y con su madre, como siempre, y la respuesta seguía siendo la misma, “si al principio sabías como era, ¿para que te metías?”.

Ocultaban el problema y fingían como nada pasaba, como entre sabáñas no me ocultaba y ahora, que tomé un poco de la paz que él me robaba todos preguntaban por su paradero; en cambio para mis moretones, las cortadas, marcas y cabellos que en su sitio no estaban, por su paradero la pregunta se quedaba estancada, yo estaba ahí, observado como por lo que me pasaba no preguntaban nada, siempre ocultaban todo. Fingía estar bien pero todo aquello hablaba por si mismo. Lo ignoraron y decidí responder por su caso omiso.

...

Tengo miedo de sentirme tan bien, en medio de mis penumbras descansa una agonía que en la noche me mantiene en vigila.

Alejandra



Trabajo como muerto

de Luis Elías Vázquez Barreto

1er Lugar

Cuento Largo

Categoría Profesional y Posgrado

Campus Ciudad de México

The grave's a fine and private place,

But none, I think, do there embrace.

Andrew Marvel, To His Coy Mistress

Hotel San Martín, calle Héroes de Chapultepec, Tampico, noviembre 2018. Trabajo como muerto para una cadena de casas funerarias todos los sábados y domingos. Viajo por toda la República para ejercer mi trabajo como fallecido. Apenas hoy acabo de regresar de Tampico. Fue para el funeral del hijo de un narco que fue disuelto por un cartel rival. Me lloraron en un mausoleo de tres pisos que incluso tenía WiFi.

Comencé con esta afición después de que Jime, una compañera del trabajo que tenía en ese entonces, me invitó a una obra de teatro sensorial en la Roma. Ahí nos pusieron unos lentes que pintaban todo de negro, nos acostaron, sollozaron por nosotros y nos acariciaron como despidiéndonos. Fue un momento mágico. Me sentí amado, y lo más importante, me sentí vivo. Esa misma noche, en la cama con Jime, le pedí que me acariciara y me llorara como si estuviera frente a un muerto. Ella se sorprendió, pero aun así lo hizo. A los dos minutos le pedí que se detuviera, no había emoción detrás de la forma en la que me hablaba y me tocaba. A la semana siguiente volví al teatro. Y así estuve durante tres meses; yendo cada viernes a que un grupo de actores me tratara como si en verdad a cada uno de ellos le doliera que mi cuerpo dejara de respirar.

Fue un martes que salí temprano de la oficina cuando, después de bajarme en una estación de metro al azar, decidí deambular por las calles de una colonia que no conocía. Encontré una casa amarilla que anunciaba el velatorio de un tal Don Ruvalcaba. Como el zaguán se encontraba abierto y sin vigilar, decidí entrar. En la sala se hallaba únicamente una persona, quien por cubrirse el rostro con las manos ni siquiera se dio cuenta de mi presencia. Cuando el hombre salió del cuarto, quizá para ir al baño o para mirar al cielo y reclamarle a su dios, levanté la tapa del ataúd y me metí con el muerto. La piel de Don Ruvalcaba estaba muy fría, pero olía bien, como a guayaba.

Tuve miedo de que alguien abriera la tapa y encontraran a su difunto acostado con un hombre

de mediana edad. La gente podría haber sospechado que me encontraba ahí para desacralizar el cuerpo de Don Ruvalcaba, pero no, yo estaba ahí para ser él porque él ya no podía serlo. Solo me tranquilicé cuando el Inge Armando, quien resultó ser su esposo, le pidió a la familia que no abrieran el ataúd porque no quería ver a su querido durmiendo ese sueño en el que uno se ausenta del mundo, aunque una parte de ti permanezca en él.

—Siento que en cualquier momento se va a poner a roncar y voy a querer zangolotearlo para que se despierte y deje de hacerlo. Y él va a balbucear, va a darse la vuelta y va a volver a roncar a los tres minutos —dijo el Inge, a la vez que yo solo sentía la pulsación de las lágrimas rompiéndose sobre el ataúd y lo frío del cuerpo de aquel muerto transparentándose en mi piel. Juro que en algún momento vi cómo el cuerpo de Don Ruvalcaba resplandeció por tan solo un instante de un tenue amarillo luciérnaga.

De ahí nos llevaron al incinerador para después ponernos en una urna que posiblemente permanecería en la casa del Inge Armando por un mes, hasta que se decidiera a tirar el polvo en la Sierra Norte de Puebla, donde las nubes bajan hasta convertirse en suelo. Antes de que me calcinaran, abrí la tapa y asusté al encargado de los hornos. Hola, le dije, y se puso a rezar, entre Padrenuestros, Avemarías y Glorias, cada una de las bolitas y misterios del rosario dorado que colgaba de su cuello. El encargado me llevó con el administrador de la funeraria, quien amenazó con demandarme por profanar un cadáver en propiedad privada.

—Si querías comida, solo tenías que decir que eras conocido, amigo o amante del muertito, los vagos de allá fuera lo hacen todos los días. Algunos ya hasta nos saludan cuando vienen.

—No quiero comida. Quiero trabajo.

—¿Trabajo?

—Sí, trabajo como muerto.

El administrador convenció a la oficina central de incluir en los paquetes funerarios la opción de contratar a un muerto por hora. Los altos ejecutivos fueron muy escépticos con la decisión, pero por el buen historial

en el manejo de la sucursal, le permitieron probar el piloto durante un mes. Han pasado seis meses de aquello y ahora en toda la cadena de casas funerarias del país es posible contratar el paquete de un muerto por hora. Incluso es posible abonar una cuota extra en los paquetes pre-pagados como seguro para incluir un cuerpo en caso de que cuando llegue el momento no haya uno.

Algunos prefieren ver mi rostro e imaginar que soy la persona a la que perdieron, otros prefieren hacerlo con el féretro cerrado y estar en paz con el hecho de que haya alguien dentro de esa caja de madera. Viene a llorarme todo tipo de gente con toda clase de historias, pero nunca me había sentido tan cercano a otras personas. En lo negro dentro del ataúd pierdo mi cuerpo y siento que es posible abrazar a los dolientes con algo más que la piel.

Casi no frecuento gente ni salgo de casa. Cuando era adolescente, me prometí no ser igual que mi papá. Nunca le conocí a un amigo o algo parecido, tampoco iba a visitar a su familia. Se la pasaba todo el día viendo partidos de fútbol con los que se dormía por lo aburridos que eran. Ahora, me veo en el espejo y en mi rostro se dibujan las mismas tristes bolsas de carne que él tenía debajo de sus ojos. Pero dentro del féretro me vuelvo el hijo, el amigo, la comadre, el tío, la esposa, el amante, el excompañero de clases, la exnovia, el enemigo, el ahijado, el padrino, la maestra, el colega o el abuelo de alguien.

El dolor tiene muchas formas y por eso no culpo a ninguno de los que vienen a visitarme de lo que me hacen. Me han golpeado, escupido, besado, robado, incluso me han amenazado con matarme de nuevo. Sin embargo, agradezco que las personas tengan esos sentimientos y los dirijan hacia mí, aunque un mínimo de dos centímetros de madera nos separe la mayor parte del tiempo.

Funeraria San Lorenzo, Calzada de Tlalpan, México CDMX, noviembre 2018. Los domingos de cada quince días ella viene a las cinco de la tarde. Me llora con rabia, aunque de vez en cuando toma mi mano y la acaricia como si conociera las coordenadas exactas de cada lunar en ella. Me reclama que arruiné la vida de su madre por casarme con ella, pero también me agradece que haya sido tan buen padre por tratarla como si fuera mi hija de verdad. Me dice que su hermano se volvió a cambiar de carrera y que todos están preocupados por él, que ya tiene veintiséis años y todavía no sabe qué hacer con su vida, que empezó a ir con el psiquiatra y que por los antidepresivos tiene sueño todo el día.

Una noche que salía de trabajar en la funeraria, la vi en la esquina fumando, cuando dos autos chocaron en la cuadra siguiente. Mi contrato dice que no puedo relacionarme con quienes adquieren el servicio, pero no pude evitar ir hacia ella y preguntarle por qué

acudía sin falta a llorarme cada quince días. Ahí me enteré de que yo hacía el papel de alguien que todavía sigue vivo.

—Es como un bebé de nuevo...ya no es la misma persona, yo le lloro al que era mi papá, no a la cosa que es ahora. Por cierto, me llamo Camila —me dijo, ofreciéndome la mano, a la vez que a la distancia se escuchaba la algarabía de sollozos de los implicados en el choque.

Camila y yo comenzamos a salir los domingos de cada quince días, pero lo que yo anhelaba toda la semana era meterme dentro de un féretro y escucharla llorando por mí. Creo que únicamente comencé a salir con ella con la esperanza de que fuera realmente por mí por quien llorara y no por su padre.

Calle Presidentes, colonia Portales Norte, México CDMX, abril 2019. Hoy Camila me marcó. Me dijo que su padre había empeorado de salud por lo que tenía que cuidarlo en el horario en el que nos veíamos. Inmediatamente después de eso fui con el administrador a presentar mi renuncia. Desde hace tiempo pienso que el trabajo ya no me satisface. Encuentro un poco artificial que las personas le lloren a alguien contratado.

Hospital General de México Dr. Eduardo Liceaga, colonia Doctores, México CDMX, junio 2019. He comenzado a infiltrarme en funerales y velatorios de desconocidos, esperando encontrar algo más honesto y cercano. Al principio funcionó mejor de lo que esperaba. Era más desgarrador y sincero ser alguien que acababa de morir, pero también era más peligroso. En varias ocasiones abrieron los ataúdes y me agarraron en plena maniobra, entonces me persiguieron e intentaron lincharme. Durante la incursión del domingo pasado recibí tres pedrazos y un botellazo. Fueron necesarios tres puntos de sutura en mi pierna izquierda. Espero que me quede cicatriz.

Panteón Municipal San Andrés Atoto, Naucalpan de Juárez, Estado de México, julio 2019. Hoy casi me entierran y no fue hasta que grité que seguía ahí, que la familia me subió con la esperanza de encontrarse con alguien que respirara, alguien que no era yo. A pesar de estar flagelado y amenazado de muerte, disfruto mucho de estos momentos.

Calle Zacatecas, colonia Roma Norte, México CDMX, agosto 2019. Camila me acaba de marcar. Su padre falleció en la madrugada. Me invitó a acompañarla en el velatorio.

Funeraria San Lorenzo, Calzada de Tlalpan, México CDMX, agosto 2019. Y aquí estoy, vestido de negro. Le ofrezco mis condolencias a la familia y me dirijo a una esquina para observar todo desde ahí. Después de recibir a todos los conocidos del difunto y demás parientes, Camila se acerca a mí y se disculpa por no haberme hablado en los últimos meses. Me cuenta

que, al ver a su padre tan sofocado, había repensado las cosas y decidió tratarle como debió de haberlo hecho desde el principio. Comienza a llorar. Se dirige al féretro para arrodillarse ante él y finalmente romperse entre sollozos y gritos.

Nunca la había visto tan hermosa.

Interior del féretro del padre de Camila, Calzada de Tlalpan, México CDMX, agosto 2019. Me hice un espacio como pude. Todo lo demás lo recuerdo como una sucesión rápida de imágenes. Camila aferrada al féretro. Una de sus tías tocándole el hombro. Camila saliendo del cuarto. Los murmullos de los presentes. El chillido de unos frenos. Los gritos. La sala vacía. El concreto húmedo de aceite. La gente corriendo hacia la maquinaria. El cielo sin nubes. Camila prensada entre dos vehículos. Un avión pasando. Los sollozos. La

sala vacía. El eco de mis pisadas. La indiferencia de un Cristo que sangra. El peso de la madera. La oscuridad de nuevo. Un frío sin cuerpo. El olor a guayaba.

Incierto. Sé que se me podría juzgar por no avisar qué estaba ahí dentro antes de que me incineraran, pero también sé que nadie me iba volver a llorar como Camila lo hizo en esta ocasión. Mentiría si dijera que no me dolió que me abrasaran. Era un dolor que parecía no tener fin y que sólo terminó cuando me hallé en una oscuridad más oscura que la que existe dentro de un féretro. Una oscuridad donde nadie llora por ti y en la que no se siente nada más que la nada misma. Siendo honesto, esto de estar muerto es más aburrido de lo que parece. Me hubiera quedado con Jime, aunque fuera fingido, al menos ella sí lloraba por mí y no por alguien más.



Quiéreme, quiéreme, quiéreme

de Diana Cristina Velázquez Sánchez

2do Lugar

Cuento Largo

Categoría Profesional y Posgrado

Campus Querétaro

Quiero funcionar como un reloj, y sólo extrañarlo durante la noche cuando mi cuerpo está frío y las grietas del techo llevan a la cuneta de su ausencia. Pero no es así. Lo extraño todo el tiempo, me duelen las lagañas al despertar. Su ausencia invita al silencio y cada día estoy más callada, me volteo y no hay nadie, hablo con el aire y me responde secándome la boca, la lengua tiesa, tragando mi saliva ¿Qué me queda? Voltear la cara, que el viento cubra de pelo mi rostro, me desdibuje las facciones y me desaparezca.

Entre el romanticismo y el cinismo al que someto mi vida, me convengo de ser una analogía cinematográfica y ahora uso un listón en el cuello. Cada mañana lo ato viendo a la cuarta pared y sonrío: un día alguien hará un ensayo sobre cómo esto era una referencia hacia La chica con el listón verde, sobre la poesía y simbolismo en mí y en mi figura trágica.

La televisión de mi mente repite los recuerdos, y analizo qué fue lo que hice, dónde fallé. Si él ya estaba aquí conmigo, ¿por qué se fue? Si ya me tenía aquí, si ya estaba a sus pies, si ya le había jurado devoción de rodillas, si ya le había sacrificado mi cuerpo para sus futuros sueños, si ya había renunciado a mis pensamientos, si ya le había dicho que moldeara mi libertad, si me ató y le di la cuerda, ¿Por qué no yo? El dolor se quedó en mí, no en ninguna pantalla, y la única que se descompone soy yo. Otra vez es viernes, es de noche, y me siento vacía.

Cuando él seguía aquí, los fines de semana eran míos, después de las diez brillaba, me llovía su amor. Declaraciones por mensajes de voz apenas audibles bajo la música gruperá que disfrutaba, antes irónicamente, solo después de tomar. Todo se curaba con su amnesia al día siguiente, pero ahora ya no hay nada. Sé que sigue saliendo, yo lo veo todo: primero en la cuenta que hice con la foto de uno de sus amigos de primaria en Facebook. Cada que sale, a dónde, qué tan seguido, a los lugares que dijo que me iba a llevar, lo que ordena incluso.

Desde mi cuenta me doy el lujo de ignorarlo, de sólo ver lo que publica una vez cada tres meses, como por accidente. No sé si ha notado mi reclusión. Yo sí noté cuando dejó de ver mis historias, también noté de cuáles me bloqueaba: cuando salía con ella, cuando le regalaba cosas, ella sola sonriendo. Ella y

él. Él tratándola de la manera en la que yo le rogaba que me tratara a mí. Y ella con su cuenta privada y sin otras redes en las cuales pudiera entrar para ver si era real. Por eso siento que ella es un bot, una inteligencia artificial diseñada para parecerse a mí.

Nuevamente él está afuera con sus amigos, porque ella no quiere salir y no lo deja salir cuando hay otras mujeres. Sube historias a lo imbécil sobre Tonayan, y desde que probó la mota ésta se volvió su nueva personalidad, publica videos sobre cómo fuma como si a alguien le fuera a importar. Y consumo a esas hormigas blancas en mi pantalla, una tras otra en mi cama y una y otra vez ¿Por qué no yo?

Su última publicación fue hace una hora media, y ya no tengo con qué saciar. Mis planes se arruinaron después de que noté que conté mal los días: han pasado 26 y no 27, desde que escribí su nombre en tinta negra, lo metí en un plátano casi podrido, con cayena y pimienta, envuelto en aluminio y resguardado en mi congelador. Creí que hoy sería la noche para enterrarlo, pero falta aún para poder completar el trabajo y dejarlo sin capacidad de volver a sentir. La pala y la barra de punto pellizco se ríen de mí, con su puntiagudez sugestiva me pregunto qué otro uso puedo ver en ellas aparte de lastimar.

Ya me aburrí de mis playlists y de un board de Pinterest que sólo me muestra las mismas fotos. Ya organicé mis cuarzos. Tal vez debería quemar salvia y meditar. O releer a Sylvia Plath. Prefiero renacer: ponerme un vestido de seda, un collar de perlas y un camisón de satín, una chica de Coppola. Volverme a maquillar estilo trágico y sostener mi mirada en el espejo a manera de monólogo. Y apenas voy en el delineador negro interno cuando tocan la puerta.

Golpes como si la persona estuviera lejos, con una funda de almohada rellena de gusanos, da un golpe en la puerta y este se arrastra, y tarda seis segundos en volver a golpear. La luz de mi pasillo es baja, romántica por mis lámparas rojas. Arreglo las arrugas de mi camisón, y me llevo el labial a las mejillas antes de abrir, separando los labios para invitar a quien esté detrás.

Y ahí está, parado frente a mi puerta, ebrio, marihuano, apestado y sudado.

Se sostiene cruzando las piernas como si quisiera ir al baño, pupilas buscando un enfoque y siguen sin encontrarme antes de que empiece a hablar con la nariz hinchada y la voz ahogada.

—Quiéreme, por favor, ya quiéreme —su rostro parece golpeado.

Da un paso adelante y entra a mi umbral tirándose a mis brazos, el alcohol dándole permiso para dejar caer su cabeza en mi pecho e inhalar, arrugandome con sus manos como si el piso lo dejara ir. Doy un paso atrás y eso lo hace caer más, bajando sus manos a mis muslos y los sostiene como columnas de un templo que está por demoler. Y alza su mirada de hereje alevoso y me pide, me ruega, me reza que lo quiera.

—Quiéreme, quiéreme, quiéreme —manifiesta.

Y lo quiero. Lo quiero consumir, quiero su piel, quiero sacarle los ojos y verme como me ve, sacar su lengua para probarme, y sobre todo quiero su cuerpo y existir dentro de él. Lo quiero.

Lo sostengo para que se ponga de pie y después de cerrar la puerta lo suelto, dejándolo caminar solo por el pasillo, esperando que recuerde las veces que pasó por aquí. Se cae. Su rostro dormita en mis azulejos manchados de su sangre, trapeando el piso con su pinol a vómito saliendo de la cubeta de su boca, su cabello el trapeador. Sus labios aún se movían diciendo lo mismo de siempre.

—Perdóname. Estoy pedo.

Me agacho con gracia al suelo donde está él, acaricio el cabello de su nuca y su sudor es frío, ha caído por su espalda dejando una mancha húmeda en forma de flecha. Todo lo ha olvidado, mientras yo sé exactamente qué baldosas pisaba. Alzo su brazo, pegandome al piso esperando que pueda oler mi perfume de vainilla, lo cargo como un costal, acostumbrada a su peso y lo levanto.

—Te extraño —susurra a mi oído.

Quiero que vuelva a sostenerme como una copa de rosé a punto de derramarse.

Lo siento en el banco de la barra, tiene una barba de dos días, los párpados caídos y amoratados, sus cejas están despeinadas, pega su quijada al cuello y ha subido de peso, pero yo sé que ha ido al gimnasio desde que ella se lo pidió.

No tengo lámparas y la luz de mi cocina es blanca y cenital, me preocupa que se marquen mis ojeras y las arrugas de mis labios, así que procuro moverme y solo voltear a verlo de lado, descubriendo mi hombro para distraerlo.

—Te tengo unas ganas —inclina su pecho hacia mí, sus pies cuelgan como los de un niño.

Sé que mientras él quiera me querrá, sostengo partes de mi cuerpo ante él, esperando que coma. Que se llene y se satisfaga. Que me consuma para estar tan cerca de él que seamos una entidad.

—Siempre he querido —continúa hablando—. Extraño salir contigo.

No sé si sepa de mi urañez ermitaña.

—Te amo —recarga sus hombros en la barra.

—¿Recuerdas cuando te dije que te perdonaría todo? ¿Que podrías hacer lo que sea y te lo perdonaría? ¿Que podrías matar a mi gato y te lo perdonaría, asumiría la culpa y te seguiría queriendo? —para mí eso era amar—. Y dijiste que jamás harías eso.

—No me digas nada.

—Te amo.

Recargo mis hombros en la barra también, quedamos frente a frente, y de verdad espero que me pueda oler porque sé que él le compró el mismo perfume a ella. Tomo su mano derecha entre las mías, esperando que sienta la suavidad de mi piel, hoy me exfolié, me puse aceite de almendra y crema de rosas.

—Estás rica —sonríe.

Una vez le dije que era mi Midas, que quería que me tocara en su pose favorita para poder quedarme así por siempre. Él me decía que sólo quedaría entre nosotros. Que agradecía mi silencio. Que ella no tenía porqué saberlo. Que ya llevaba tanto rato en la mierda. Que era alguien tan importante para él. Que estar conmigo le mejoró la vida. Que “No sabes qué tan desesperado y emocionado estaba por verte”. Todo para tener amnesia cuando llegara la mañana, para pedirme disculpas por “decir tanta pendejada”.

—¿Por qué no quieres hacerlo? —Sus dedos medio e índice trazan círculos en mis muñecas.

—Tal vez en algún otro punto de la vida, pero probablemente no, ¿cierto?

—No en algún otro punto de la vida, ahorita —hizo esposas con sus manos.

—Sólo tú ganas.

—Neta yo sí te quiero, y te tengo unas ganas. Te quiero. Siempre te he querido. No tiene sentido que ahora te pongas de moralista.

No me puedo reír porque él sabe que es lo que viene antes de hacerme llorar.

—No me reproches que no te elegí.

Me sostiene como una lata de Tecate vacía, me aprieta para achicarme. Me aparto para poder respirar sin verlo y llorar, y me acerco al refrigerador

para tomar algo. Solo tengo vino, pero sé que él está acostumbrado al Kosako y al vodka de tamarindo.

—Ando fatal, perdón por la lata.

Tomo una botella de vino, otra de jugo de arándano, una de agua mineral, y dos copas. Estoy a punto de sacar el hielo, cuando al abrir el cajón del congelador rueda mi trabajo de su corazón crudo. Lo cierro de golpe y él ni se inmuta, voltea al lavabo donde limpié la pala y la barra. Me siguen sonriendo.

—Es que te quiero. Mucho. Cabrón —esconde su rostro en sus manos y sorbe sus mocos—. Ya quiéreme.

Extiendo todo en la encimera como una mesa de pociones, él alcanza mi mano y me acerca a su cuerpo, en silencio, siente el satín en sus dedos contrastar con la mezclilla de su pantalón y el polo de su camisa. Ignoro las capas de sudor y vómito que manchan su bandera de paz y rendición, y lo veo a él más que por lo que es: por su potencial. Y le creo. Tomo el control de su mano y la dirijo a mi cuello, al listón que tengo como una última prueba: que entienda mi entrega incondicional y se quede. Que sea amable y vea más allá de una muñeca de trapo, de un terciopelo que acariciar.

—Mamasita —me dice mientras desata el listón y lo deja caer.

Con él cae mi esperanza de que él pueda cambiar.

Acerca su cabeza a mi pecho de golpe como si lo fuera a lamer, pero se aparta al instante mientras se queja y se cubre la nariz. Inclina la cabeza hacia arriba y respira profundo, mientras sigue murmurando cosas, tomo su quijada y lo hago voltear a verme. Hay un bulto pegado a su párpado, las sombras de su tez son moradas, y el bulto tiene un borde rojo vivo, con un camino de sangre seca hacia el puente de su nariz. Inmediatamente mi mano se dirige a este. Él hace una mueca de dolor y se aparta. Quiero tocarlo otra vez.

—No te muevas.

Alcanzo un trapo y lo mojo, ignoro la barra de punto pellizco lanzándome besos. Limpio su herida cuidadosamente porque verlo acobardarse del dolor me gustó demasiado. Hago espirales alrededor de la herida, y siento que el iris de su ojo es una trampa hipnotizante porque no es normal querer poner tanta presión en su ojo, querer entrar por ahí a su mente. La zona ya está limpia, pero estiro su piel para que un nuevo brote de sangre emana y comenzar de nuevo. Él extiende una mano para acariciar mi cabello.

—Te quiero tan cabrón.

Parece tener un pedazo de cristal incrustado en la piel. Su mirada está perdida de nuevo y no puede mantener el balance. No sé si sepa de la cercanía que tiene ese asteroide a su córnea, o que mi masaje en su

rostro lo acerca más. Tan excitante que me distrae de sus manos que recorren todo lo que me había jurado no volver a dejarle tocar.

—Agradece que vine a ti y no a ella.

De las cenizas; me levanto con el pelo rojo; y como hombres como el aire. Eso me recitaba desde que leí a Plath. Eso me repetía en las noches cuando veía las fotos que subía con ella y prendía una vela negra y repetía una y otra vez que él jamás podría sentir nada por ella. Envolvía papeles que decían que jamás podría sentir por nadie lo que sentía por mí. Los envolvía en hilo rojo mientras recitaba que volvería a mí. Los metía en una cáscara de naranja rezando que la dejara. Les prendía fuego solo para despertar y ver que en el cuarto oscuro seguía estando sola.

Amasa mi piel como un juguete antiestrés, y recuerdo la migraña que me daba estar con él, pensar en lo que hacíamos y sentir que era una lobotomía. La forma tan particular en la que a su lado las palabras no pueden dejar mi garganta sin sentirse como una burbuja de chapopote. La ira bíblica que me hace sentir. Preguntarle a qué se refiere sería autocastigo, y sus manos recorren una tierra rendida. Se sabe todas las trincheras. Me tiemblan las manos que están en pausa sobre su rostro.

—Perdona por tanta pendejada —ronca y me deja ir—. Mañana no voy a recordar nada.

Retrocedo, cada inhalación quitándome aire, apenas me sostengo con una mano de una manija. Postrado en esa silla esconde su rostro entre sus manos y se torna azul. La barra abraza mi mano, su punta afilada me lengüetea como un cachorro por mi atención, y tiene razón. No se reía de mí, ahora la entiendo.

—No tengo pinzas —Tomo un mechón de su pelo en mi puño y alzo su cara.

Introduzco la punta en su herida y la giro un poco hasta que toque el vidrio que tiene en su piel, él sólo se tensa pero no se mueve su respiración pesa. La piel se estira como una gomita al ser mordida, la voy abriendo con la barra exponiendo su carne más de lo médicamente necesario. Su cuerpo se inclina hacia atrás, pero le ruego que se agarre de mí. Es como la palanca de velocidades, y siento que con cada círculo expongo una velocidad nueva en él, y quiero tener control sobre su motor. Ahí está el cachito de vidrio, cuando toca con mi metal tintinea, y yo lo cuchareo como si estuviera sacando una bola de helado, cae al piso con gotas rubí y de él solo hay gritos ahogados.

Quiero más.

El nuevo hueco de su rostro me tienta a explorarlo, y mi posición no ha cambiado, así que regreso la palanca a su ojo y esta vez me ve asustado. Me acerco

a su rostro para besarlo porque una oleada de amor ha tomado mi cuerpo y la miel que recorre mis venas es cobriza por su arder. Mi piel está erizada y me tiemblan las manos de emoción.

—Es un procedimiento simple —Le explico, un batir cual cóctel su cerebro para dejarlo más pasivo, menos emotivo, distante, frío, vivo para respirar pero no para sentir—. Yo he contemplado hacérmelo, pero no podría dejar de quererte.

Introduzco la punta de la barra a falta de pica hielo, sonrío para calmarlo y sostengo con las dos manos firmemente para no dañar su ojo, no quiero que deje de verme. Doy el primer golpe y lo meto otro centímetro. Él sólo dice Mhmm y aprieta los puños. Golpeo suave y se queja como un perro al que patean. Sé que el hueso es fino y no tengo miedo a romperlo.

Se lo meto aún más, con suavidad, y es como romper una pared de tablaroca. Por la barra caen pequeños hilos de sangre, las gotas hacen un charco en su rodilla, algunas me lamen el brazo hasta los codos. Hay algo suave en el fondo y hago una vuelta con la muñeca y suena como revolver una pasta con queso. Retiro la barra con suavidad para prolongar sus convulsiones de dolor. El fierro tiene pequeños trozos de carne molida en la punta, me los como antes de que él pueda verlos y se espante. Tomo el trapo mojado y se lo doy para que lo sostenga en su herida, ni siquiera tengo que darle instrucciones. Él sigue quejándose pero está despierto, me mira fijamente con el ojo izquierdo mientras sostiene el trapo sobre el derecho y su mano se llena de sangre. Lo sostiene con ambas manos y lo aprieta tanto que sus uñas se tornan blancas, parece una boca gritándome lo que él jamás me dijo.



Mañana no iré a la guerra

de Natalia Fernández Balderrama

1er Lugar
Monólogo
Categoría Preparatoria
Campus Chihuahua

(Es el año de 1861. En una recámara moderna para su época, alumbrada por la poca luz que entra de la ventana a esa hora del día. Roberto, un hombre alto, delgado y bien vestido se sienta sobre la mesa de su escritorio, con los pies sobre la silla y sostiene un papel, una carta, la cual lee)

ROBERTO: Querida María, ¿Escuchó usted que no fui requerido para ir a la guerra? Dijeron que era muy flaco, que no sería de ninguna ayuda y que de llevarme, nada más les quitaría comida y espacio. Pues no hay ningún soldado que no pueda derrumbarme con facilidad. Ya se imaginará a mi madre, dichosa de recibir las noticias. Tanto, que ya le contó a mis tías y empezó a hornear. Desde acá puedo oler su panqué de calabaza del que tanto le he platicado.

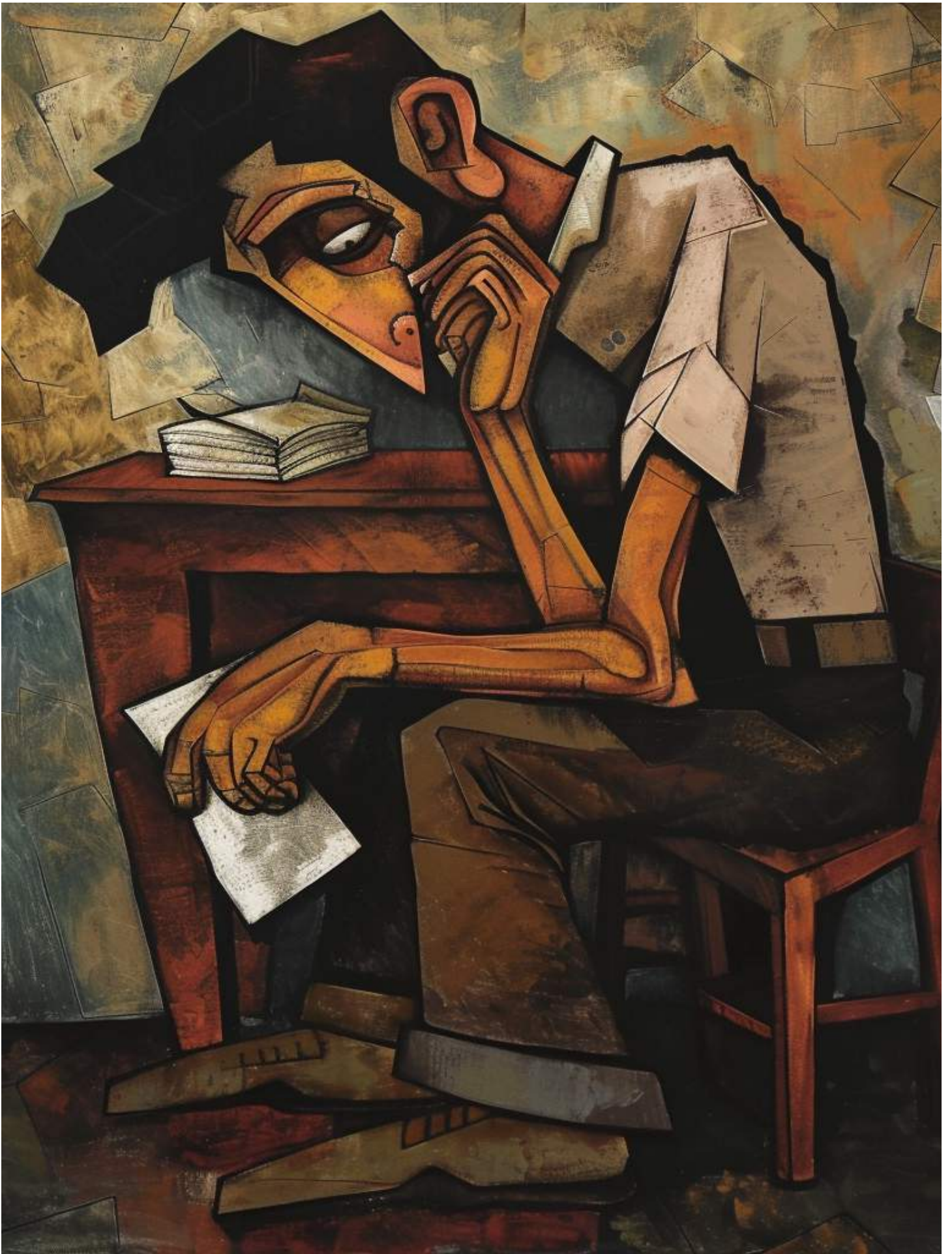
Sin embargo, yo estoy devastado. Si tuviera la oportunidad de ir a la guerra todo esto sería más fácil. No me hubiera tomado ni un segundo para estar en la puerta de su casa e invitarla a vivir juntos, a recorrer todos esos lugares de los que le gusta leer. No me resistiría ni siquiera al temor de saber que haría su padre una vez pida su mano y no me aterroraría amarla. Pues el corto tiempo que tendríamos juntos sería el pretexto perfecto para hacerlo todo, y no tendría que admitir mi cobardía y lo mucho que me parezco a mi padre, y entonces tal vez, al marcharme, usted recordaría mi ausencia con cariño y no con desprecio como yo mi presencia.

Si a la guerra me marchara, supongo yo, que los nervios no me convencerían de dejar las cosas para después, pues este no existiría. Y de ser que usted no

piense sobre mi de la manera que yo de usted, sería solo cuestión de tiempo para que mis preocupaciones tomen otra forma que no sea usted y se conviertan en algo así como lo que les gusta llamar “sobrevivir”. Sin embargo, me cuesta creer que no veré su cara en las estrellas, que cada hombre muerto no será más que otra razón para agradecer que algún día la volveré a ver, o que tras cualquier adversidad no revisaré su foto dentro de mi bolsillo antes que la sangre que posiblemente derrame.

Pero no es así. Mañana no iré a la guerra, y me toca quedarme con las ganas del “¿Qué hubiera pasado?”. Con el sentimiento en el pecho que me abstiene de hablarle, de confesarle todo lo que le he escrito, de arrodillarme frente a usted, de acariciar su cabello, de contarle sobre cada desvelo, sobre cada amanecer. Me toca quedarme con mi cobardía, quien no me permite hacerla mi mujer, y quien me convence cada segundo que pienso en usted, en que no soy capaz de brindarle la misma felicidad que usted me ocasiona cuando sonrío, o cuando me mira con esos ojos llenos de esperanza; mismos que me gustaría ver cada día al despertar; y quien se aferra a decirme que para ser soldado toma coraje luchar por lo que amas; y que si no soy capaz de hacerlo en un campo de batalla no seré capaz de hacerlo por usted. Y no, no soy capaz. Es por eso que mañana no iré a la guerra y es también por eso que usted nunca leerá esta carta, ni la que le escribiré mañana, ni el día después.

(Roberto dobla la carta, piensa en romperla pero no lo hace y la guarda en el bolsillo de su pantalón.)



La herida que no cierra

de Jorge Alberto Galindo Jasso

2do Lugar

Monólogo

Categoría Preparatoria

Campus Metepec

Mario (*Escribiendo sobre una hoja de papel*): Tenía tiempo que no te veía. Extrañaba nuestro hogar. Nuestro hogar ahora inundado de latas de cerveza e impregnado con ese hedor tuyo parecido al de un peral de flor. Cómo quería gritarte lo que tengo que decir. Algo me detuvo de decirte lo que de verdad sentí la última vez que nos vimos. Estas palabras dentro de mí me carcomen y tengo que librarme. Es normal sentir dolor después de lo que pasó, pero Carlo, te estás matando. La herida simplemente no cierra, ¿Verdad? Siempre está ahí. Lo ha estado desde hace años. Lo has intentado todo, pero sigue sangrando. No te veo capaz de nada más que de caer a tus rodillas y llorar mientras la sangre sale a chorros de ti. Ya no estás en frente del volante, ya no estás en el hospital ¿Por qué sigues temblando? ¿Por qué sigues sufriendo? No me hace sentido, ni tantito. No te quiero perder. Cierra esa puerta, sutura la herida, ponle un curita, engrapa tu piel, haz algo, lo que sea, pero por favor, cierra la herida. ¿Qué ya no crees que mañana va a ser mejor que ayer cómo solías hacerlo? ¿Qué ya no te ves un futuro fuera de este inmundo apartamento? ¿Qué ya no me ves? ¿Qué ya no te ves? Tal vez tú tienes las cicatrices de lo que pasó, pero yo también sufro. El dolor lo compartimos, Carlo, claro que lo hacemos. ¡Era mi hermana por dios! Yo también me hundí en mi miseria, lloré estaciones completas y tallé mi propia piel con navajas en busca de tranquilidad a causa de su ausencia. Tienes suerte de estar vivo y yo tengo suerte de qué estés aquí, pero yo también la perdí. Tu indiferencia por sanar me duele y, no sé, puede que yo esté tomando a la ligera tu trauma, pero no creo que te imagines el dolor que la niña con la que creciste se vaya de esta tierra. Puede que yo no haya sanado completamente, después de todo soy el loco que está escribiéndose a sí mismo por miedo a lo que me hubieras dicho cara a cara. Y tal vez es injusto que esté escribiendo esto, reclamándote que estás haciendo lo

que quieres con tu vida, pero simplemente no te puedo perder a ti también. Solías estar lleno de vida y lo que pasó no es tu culpa, pero no puedo quedarme aquí callado mientras veo cómo te alcoholizas y destruyes por dentro sin hacer nada. Honra la memoria de María y vive. Veme, ámame, abrázame, bésame, siénteme, víveme. Dime que no me amas cómo antes. Dime que quieres llegar a mañana conmigo a tu lado. Cierra la herida. Sabes que quieres hacerlo. Sabes que eres capaz de hacerlo. No estás muerto. Aún.

Mario (Suelta la pluma y habla en voz alta): ¿Qué estoy haciendo? Me enoja saber que no estés en frente de mí, escuchándome. ¿Y qué espero escribiendo eso? ¿Que te salves a ti mismo? Ni nuestra relación salvaste. ¿Por qué pensé que ibas a querer salvarte a ti mismo? Probablemente ni siquiera hubiera tenido el valor de decirte lo que escribí cara a cara. ¿Y sabes qué? No te perdono Carlo. ¿Si quiera qué hacías en primer lugar en el coche con mi hermana? Tengo tantas preguntas que hacerte. Me voy Carlo. Y esta vez para siempre. Quédate ahí, llorando alcohol y sangrando nuestra historia. No que importe ya. Sálvate tú si puedes. Acostado reviviré el día que nos conocimos y le rogaré a dios que me deje olvidarlo. Al diablo si crees que debiste haber muerto tú ese día, no me debes nada a mí o a María, la única deuda que tienes es contigo mismo. Espero que, en otra vida, entiendas el dolor que siento de verte aquí, entre basura en el apartamento en el que vivíamos juntos. Nada es para siempre Carlo, se feliz mientras puedas. Intenta olvidar todo, aunque no quieras hacerlo. Se valiente, y sana. Ama et quod vis fac Carlo. Hubieras sido el esposo más perfecto. Por favor, mejora para alguien más y que la luna y la pared a la que le estoy hablando sean testigo que de que juro que aquí en adelante, estás solo.



Masiosare

de César Santiago Gutiérrez Espinosa

1er Lugar
Monólogo
Categoría Profesional y Posgrado
Campus Ciudad de México

(En centro-centro del escenario hay una mesa y silla plegables, ambos orientados a centro-derecha y debajo de una carpa (también plegable). De fondo habita el tráfico nocturno. Entra a escena SILVERIO. Es policía de la Cedemex, muy joven, a pelo raso, desvelado, con su atole y guajolota en las manos y en un uniforme tan chico que revela su panza prominente por debajo de su chaleco de vialidad fosfo-fosfo. Camina al centro-centro y voltea al público. Saca un silbato de vialidad, chifla e indica con la mano que se acerque y pare su vehículo. Ante el chiflido, el tráfico desaparece).

SILVERIO: *(Se aclara la garganta)*. Buenas noches, caballero. Orílese acá a la orilla de favor, jefe. *(Breve pausa)*. ¿Tomó algo esta noche? ¿Seguro? Pues mire, aquí con la novedad mi comandante, de que acaba de infringir la norma 66472-189 del Código Penal Federal Digital Capital Fundamental Gubernamental Estatal Vital Horizontal Incidental Democrático Termostático Litigal de la NOM-0024 en cuanto a la vialidad del año de nuestro Señor Hidalgo. Me va a tener que acompañar acá a la delegación. Y ni trate de aplicar acá la del dinero y el perro: yo no dejo que me aceiten la mano, ni que se pongan guapos ni que se ayuden a ayudarme, ni nada. Yo soy uno con mi país, comprometido hasta el final con la *partía*.

¿Cómo de que qué es esa ley, caballero? El desconocimiento de la ley no lo exime de su incumplimiento. No se puede rebasar en curva recta pues. Tons, le voy a pedir INE, tarjeta de circulación vigente, licencia de manejo, comprobante de domicilio, estado civil, tipo de sangre, CURP, RFC, Seguro Social, correo electrónico, *ínstragra*, y teléfono personal. *(SILVERIO avanza a proscenio, extiende la mano un momento, mirando a la audiencia. Hace una pausa, esperando la documentación. Luego retira la mano y mira fijamente)*. ¿Cómo que no trae nada? ¡Va a la guerra y sin fusil, mi comandante! *(Otra pausa)*. ¿Tons? ¿Cómo nos arreglamos? *(Aún otra pausa)* ¡Nombre! ¡Así no me sale, jefe! Échele más ganas... *(Otra pausa más)*. ¿Neta? ¿Namás trae eso? ¿Así con ganitas?... Puuuutz... *(Se detiene a pensar y mira inquisitivo)*. A ver, déjeme checar con mi superior.

(Camina un poco al centro-centro, se inclina sobre su radio al hombro y murmura. Da una mordida a la

guajolota. Cuelga y después regresa al proscenio).

SILVERIO: *(Boca llena de guajolota)*. Mire amigazo, le traigo una propuesta. Andamos con un trabajillo atorado mis superiores y yo. No se apure, no tiene nada que ver con usted y no lo involucramos más de lo necesario. Es un asunto extraoficial, *verimportant*. Veá, andamos buscando a un convicto. Anda prófugo desde haceúuu... Mire, usted me dice si le suena más o menos la información que tengo del sujeto, me ayuda con lo que pueda y lo dejo ir. ¿Estamos? *(Otra breve pausa)*.

¡Perverso! Mire, le solicitamos su colaboración para localizar a... *(Saca una libreta de entre su chaleco)*. Masiosare N. Escuchamos de él por última vez a las 12 de la noche de ayer por la radio... Características físicas indistintas, no se conoce su altura, color de cabello, tez de piel, domicilio o profesión. Se sabe que nació en el cincuentaytrés, primogénito de un tal Francisco González Boca... Digo, digo, Franciso N. *(Aclara su garganta)*. Se le busca por crímenes como: invasión a la propiedad privada por "profanar con su planta sus suelos", así como suplantación de identidad por ser "un extraño enemigo"... *(Para un poco)*. ¿Qué? ¡No se ría jefe, es neta! Es bien importante, *topsicret*. *(Se muestra pensativo y suspira. Cierra la libreta y mira al público)*.

Mire, yo sé que usted es ajeno a esto y todo; y que me veo acá polí común y corriente; sí, sí, Bambi es un venado y tambor su valedor pero... *(Se acerca un poco más a la audiencia confiándoles lo siguiente)*. Tengo mis sospechas de quién es Masiosare. *(Pausa. Continúa seriamente)*. La neta, las he tenido toda mi vida. Han cambiado con el tiempo, claro... Pero desde morro, yo creo saber quién es ese wey que todo el mundo busca y busca y nomás no encuentra. *(Piensa. Decide si abrirse. Continúa sereno)*.

Cuando era niño, pus no sabía nada. Pero en mi nada que sabía, pus uno escuchaba el himno y se preguntaba sobre **el** extraño enemigo... Yo tenía por seguro que Masiosare era el valedor que me quitaba mi dinero pa' la cooperativa. Un monigote así enorme y robusto, todo teto pero bueno pa' los chingadazos. Nunca pude ponerle un alto, yo aplicaba la de pies en polvorosa. Era una chinga vivir con el Masiosare acechando, hasta que un día dije, ¡basta! Y me puse de

pie, y me agarré los preciosos, y lo confronté, y... Y me metió una putiza de las chidas. *(Se ríe recordando)*. Pero con el tiempo me agandallé como él *(duda antes de seguir)*, y entonces supe que no era él. Ahí la sospecha cayó en el perro del vecino. Un pinche lacra que me mordió dos veces en secundaria y el vecino ni en cuenta. Ese animal me esperaba a que cruzara la esquina de su reja; yo sabía que me esperaba, de seguro olía mi calzón meado desde que llegaba a la colonia. Y cuando por fin me decidí a soltarle un cuete en navidad, nomás pa' sacarle un pedo del susto... Pus el perro ya se había muerto. *(Breve pausa)*. Y nadien me ladraba ya; y la calle se calló. ¡Y santa paz! Pero supe que tampoco era él.

Con el tiempo un valedor sustituyó al otro. El extraño enemigo estaba en todos lados; en todos y en ninguno... ¡Y es que me confundía, jefe! Neta del planeta, estaba difícil encontrar al enemigo entre tanta bandera. *(Se exacerba al enlistar)*. Ya no era el lonche ni los perros. Ahora era el pendejo de geografía que ahuevo me quería reprobar, el morro del cine que me tiraba su pinche Coca encima, iel chofer de pesero que manejaba la nave como si trajera verdura, la perrada que le vendía mota a morros de la cuadra, la chota que lo veía y no hacía ni madres, el huevón de la esquina que ponía a su hijo a vender chicles, el culero que se estacionaba frente a la prepa a ver a las alumnas, el casero que le ladraba a la jefa que le pagara la renta, la jefa que se desesperaba y agarraba a mi hermano de cenicero, el jefe que...! *(Breve pausa)*. Pus que no regresó un viernes después de chambear en el taller... *(Otra pausa. Piensa. Duda. Un trago melancólico al atole. Suspira)*.

Ya no sé si es una persona, jefe. No sé. Chance son muchos, chance son todos, chance no es nadien. No es tan fácil como decir que es el rudo de los técnicos, los fantasmas del metro, las bases militares ocultas, la mano peluda, el chupacabras, la llorona o la Santa Muerte. *(Muys serio)*. El Masiosare es real.

El Masiosare es grande, es enorme, *ognipresente*. *(Enojado, catártico)*. Masiosare son las caídas de un sistema de votación, son incendios en guarderías, sacerdotes perdonados, camisas doradas, la luz del mundo, el Canal 5; un segundo disparo en la panza, leche radioactiva, Tlatelolco. Es el que juega con el suelo cada 85, cada 17, cada siempre... Ferias que se caen, líneas del metro que se caen, gente que se cae... Es despachar a alguien pa' no verlo, poner tierra a fosas sin fondo. No estar, no saber, no ver, no sentir. *(Breve pausa)*. Masiosare es saber que el metro se va a caer, es saber que dios no llega a todos lados, menos a tu cuadra; que nuestros gigantes, leyendas, nuestros mitos dormidos en montañas, son cadáveres secos. Ni el Popo ni el Izta van a despertar. El mexa no existe, por lo menos no uno. El calendario es otra pelota de futbol. Los partidos políticos son otro partido del Tri. Quetzalcóatl es una serpiente que sabe que se muere en el nopal porque el águila no tiene qué darles de tragar a sus hijos. El ombligo de la Luna no es seguro, jefe. Y en el ombligo de la Luna estamos. *(Le da una mordida a su guajolota y se rasca el ombligo antes de continuar, hace una pausa solemne)*.

¡Ahhhhh qué peeedo! ¡Te dejé con el ojo cuadrado, valedor! ¡¿Apoco no?! ¡Yesenia la gitana! *(Ríe estruendosamente)*. Tons ya, jefe; ya se la sandwich. Zacatito pal conejo y nada que nanaí. *(Extiende de nuevo la mano. Se queda sin recibir nada)*. ¡Ah! ¿Después de mi precioso numerito se va poner así de incoperativo? Cámara, pensé que ya éramos valedores. *(Se inclina sobre su radio al hombro)*. Pareja, el sujeto se puso vivo y que naranjas chinas, se lo paso. Pásele, jefe; mi compañero lo va a procesar por entorpecer el paso de la ley.

(El coche se aleja y regresa el tráfico. SILVERIO suspira, le da otra mordida a su guajolota. No sabe igual. Se tapa el ombligo con el chaleco. Otro coche que se acerca, le señala con una mano que se orille, saca su silbato y antes de chiflar, cae el telón). **FIN.**



Aprender a olvidar

de Michelle Sánchez Armass González

2do Lugar

Monólogo

Categoría Profesional y Posgrado

Campus Querétaro

(En el escenario está lleno de velas, algunas prendidas y otras apagadas, un pizarrón con un ejercicio de la tabla del 9 sin llenar, un escritorio lleno de velas y exámenes. Sentada está GALILEA con un cuaderno en sus manos).

GALILEA: *(Con los ojos cerrados)* 7.14.21.28.35.42.49.56.63.70.

(GALILEA abre los ojos, revisa su cuaderno y sonrío. Prende una vela)

GALILEA: Desde pequeña me dijeron que lo más importante en el mundo era el aprender. Aprender la mayor cantidad de cosas en el menor tiempo posible.

GALILEA: *(Con los ojos cerrados)* 2.3.5.7.11.13.17.19.23.

(GALILEA abre los ojos, revisa su cuaderno y sonrío. Prende una vela. Cierra su cuaderno.)

GALILEA: Aprender es fácil, porque aprender es entender. Es memorizar, es saber. Todo se puede aprender. Un arte, un deporte. Todo, por más difícil que parezca, se aprende. Y claro que hay unas cosas más fáciles de aprender que otras, pero eventualmente, lo logramos. Tal vez es fácil porque pasamos toda la vida aprendiendo.

GALILEA: *(mostrando su cuaderno, abriéndolo)* Aprendimos a leer.

GALILEA: *(pasando páginas)* Aprendimos la tabla del 2, luego la del 5, y aunque nos costara más, nos aprendimos la del 7. Nos costó, pero después de tiempo, la aprendimos.

(GALILEA se levanta hacia el pizarrón. Llena el ejercicio escribiendo de arriba para abajo los números del 0 al 9, para después hacer el mismo procedimiento de abajo hacia arriba, completando el ejercicio de la tabla del 9. Prende otra vela.)

GALILEA: Porque hay mil maneras de aprender. Algunos lo consideran trampa, otros estrategia ¿qué importa? si te funciona, sirve. El chiste es que aprendiste.

(GALILEA juega con algunas velas prendidas)

GALILEA: Se han inventado miles de formas, de

métodos, de trucos para aprender. Naturalmente, el humano está configurado para aprender a aprender. Se ha aprendido a hacer de todo, menos una cosa: olvidar.

(Se apaga una vela. GALILEA la toma)

GALILEA: *(Atónita)* Ahí es dónde entra mi duda: ¿Cómo se aprende a olvidar? ¿Cómo se olvida? Diseccionemos el problema: ¿Qué es olvidar? Olvidar, es trauma, es recuerdo, es pérdida. Aprender es algo que haces. Olvidar, es no hacer.

GALILEA: *(A público)* ¿Pero cómo no haces?

(GALILEA se sienta en la mesa del escritorio)

GALILEA: Aprender es a voluntad. Aprender es fácil porque sabes cuándo y cómo lo lograste. Olvidar es completamente involuntario, de un momento a otro, olvidamos información, olvidamos recuerdos, olvidamos sueños. Pero no nos percatamos de en qué momento lo perdimos hasta mucho tiempo después, o algunas veces; nunca.

(GALILEA toma del escritorio exámenes calificados)

GALILEA: *(Mostrando a público las calificaciones)* Aprender es un logro.

(GALILEA toma un examen con calificación reprobatoria)

GALILEA: *(Arrugando el examen reprobado)* Olvidar es castigo. Pero no olvidar también puede ser castigo. No me malentiendan, olvidar no es imposible, pero, al no poder decidir lo que olvidamos, el olvido se vuelve nuestro peor enemigo. Tal vez hayas olvidado nimiedades, como tu pastel de cumpleaños cuando cumpliste 5 años, o lo que soñaste el sábado del 23 de noviembre del 2002. Pero hay otros recuerdos que siguen viviendo en tu mente que darías lo que fuese por olvidar.

(GALILEA toma una luz prendida, y la trata de apagar. No lo logra)

GALILEA: Traiciones, burlas, humillaciones, recuerdos que te gustaría que se quedaran en el pasado, así como las risas que sí pudiste olvidar.

¿Por qué lo malo se queda? ¿Por qué lo que nos urge olvidar también es lo que más grabado está en nuestra memoria?

Tal vez lo que importa no es la acción de aprender o de olvidar, sino la razón. ¿Todo tiene una razón, no? El propósito de aprender es obvio, si aprender no tuviese un propósito, no lo lograríamos. El propósito de olvidar es...¿Crecer?

(GALILEA toma unas velas apagadas)

GALILEA: ¿Cuántas cosas habré olvidado? ¿Por qué decidieron irse? Olvidamos con el paso del tiempo, conforme la vida va cambiando. Conforme nosotros vamos cambiando. Lo que para nuestro yo de 7 años era algo importante, nuestro yo de 20 no se molesta en recordarlo.

Olvidar es superación. Es tu inconsciente diciendo que ya no precisas de esa información por el resto de tu vida. ¡Qué injusto es el inconsciente, qué desconsiderado! ¿Quién se cree? ¿Quién lo puso a cargo de decidir lo que se olvida y lo que se queda? ¿Cómo decide? ¿Cómo llega a la conclusión de lo que vale la pena olvidar? ¿Por qué no somos nosotros los encargados de decidir lo que se olvida?

(Una vela se enciende. GALILEA corre hacia ella y la toma)

Somos tan malos para olvidar, que aprendimos a

recordar. No siempre pasa, pero eventualmente, el recuerdo llega en los momentos más espontáneos. Llegan tocando a la puerta, corriendo a nuestra memoria. A veces son visitas esperadas, que necesitabas que llegaran y te alegras al verlas. Como la respuesta a un examen, o el nombre del desconocido que te saluda como si se conocieran por años. Pero otras veces, llegan en el momento menos idóneo, y lo que pensabas que ya habías logrado olvidar, regresa a atacar como si nunca se hubiese ido. Y el ciclo se repite, y repite, y repite hasta que aprendamos a olvidar.

O tal vez es el inconsciente el que aprendió a olvidar. Y nosotros aprendimos a delegarle esa tarea al inconsciente, porque estamos tan ocupados aprendiendo, que el inconsciente olvidó aprender. ¿Pero cómo le pido a mi inconsciente que olvide algo que sigue vivo en el recuerdo? ¿Cómo le pido al inconsciente que me deje olvidar?

(Las velas se van apagando una a una. Solo queda una vela encendida)

GALILEA: Y aunque me enseñe cómo hacerlo, y eventualmente aprenda a olvidar, ¿cómo aseguro que no olvidaré como hacerlo?

(La última vela se apaga)

FIN



Inolvidable elegía

de Regina Gutiérrez Mayorga

1er Lugar

Poesía

Categoría Preparatoria

Campus Saltillo

Prólogo

Muchas veces he escuchado que las relaciones son de dos. Pero el fruto de un tal “amor” hace que se le sume uno a ese par. ¿Qué pasa conmigo si ustedes ya no se aman?

Ya entendí que nunca se van a dejar, me toca observar cómo cada una de sus palabras busca quemar al otro. No sólo termina por hacer arder sus pieles. Miren cómo la carne viva se desprende de mis huesos.

Tal vez si pudiera entender de dónde vienen sus sentimientos, sus valores y sus motivos podría aprender a sobrellevar las lágrimas de juguetes olvidados. Ya los he perdonado, nunca fueron ni serán perfectos. Son humanos.

¿Qué tal si me meto en sus cabezas? Tal vez podría saborear el por qué de las cosas. El por qué es tan inefable que sus almas se separen para salvar mi percepción del amor. ¿Es esto el amor?

¿Cómo es que ven ustedes su relación? ¿Cómo la ven sus mejores amigos? ¿Cómo es que la vemos mi hermana y yo?

Se puede tocar el hielo.

Gotas que recorren el camino.

Mi corazón de hielo;

tus manos de fuego.

Tus brazos sin cicatrices.

Mi válvula permanece intacta.

Casi intacta.

Con huellas del sí,

Destellos de un tal vez.

Tus ojos llenos de niñez,

Los míos que relatan el final.

Vuela. Vuela sin rumbo.

“¿Te puedo mirar?”

No deberías hacerlo,

tus ojos arderán.

“Pensé que tu Sol ya no brillaba”

Yo también.

No estreches la mano,

te lo suplico,

resplandeces.

“Tú también lo haces”.

Si; pero no como tú.

Soy un reflejo. “Se puede tocar el hielo”.

Tú no lo puedes hacer.

Aunque eres fuego,

te quemaste.

El camino compartido.

Un camino compartido estrecha ambas manos.

A tu izquierda amapolas y rosas salvajes,
corazón aborazado, pies arrastrados.

Decisión.

A mi derecha lilis blancos y tulipanes rojos.

Miedo, felicidad.

Decisión.

Tu lágrima hace mi mano arder.

Yo sé que no eres mala.

El vitral se extiende frente a mí, leyéndonos.

Ojos divinos observan y se oscurecen.

Escucho el arder del pensamiento.

La afirmación quema mi garganta.

Tu afirmación procede.

Vuelves a nacer.

Observo las puertas del cielo. Respiro.

Cruzo el umbral, mi mundo está por arder.

Arrepentimiento.

Mi yo es otro.

Nuestro atrapasueños oscila frente a un vago
recuerdo.

Memorias de sucio cristal
que brillan con el choque de la luz,

luz en un nuevo cuerpo,

fulgor de una nueva pasión.

Aún así,

destello de nostalgia.

Mis dedos tocan suavemente cada hilo.

Atrapasueños,

cada jaula de un sí,

de un no,

de un por qué,

de un tal vez.

Involuntariamente, agregó una hebra final.

Los pulgares trabajan con rapidez cuando hay
claridad.

El cristal se torna agua.

Las gotas caen y las trenzo.

Me permito vivir,

me permito sentir,

me permito entender.

Atrapasueños.

Ya no estoy en mi jaula de cristal,

ya no es otoño,

ya no eres tú,

ya no soy yo.

Atrapaste mis sueños.

Ver lo imposible.

Saber y no decir.

Decir sin saber.

Observar y no ver.

Ver sin observar.

¿Qué es lo que debo de hacer?

Veo el púrpura de tu mejilla.

No observo la sonrisa en tu rostro.

Observo tus ojos de felicidad.

No veo las cicatrices sin sanar.

¿Será que hablo?

¿Será que callo?

Si lo digo ahora,

¿mi recuerdo se encadenará al olvido?

Si lo callo,

¿tu recuerdo persistirá en mi memoria?

Seis soles.

Seis vidas.

Seis eternidades.

Sigues ahí. Sigo aquí.

Mi memoria es presa del olvido.

El olvido es preso de mi memoria.

Las teclas del computador

Las teclas de un computador

Suenan una y otra vez

Yo sé que la amas,

pero no es tiempo de ceder.

Jamás pensó en ti

Jamás pensé en mi.

Sólo pensó en ella.

El ruido se repite

y suena tan vacío.

Escribe en el computador

Diste tu vida,

diste tu amor,

diste tu palabra,

entiende cada tecla.

Observa tus dedos,

cada una de las heridas.

Obsérvame a mí,

los estoy perdiendo a los dos.

Olvida el cariño,

eras un niño.

Has crecido.

Eres padre.

Soy hija.

Siente el vacío,

no repitas el patrón.

Repite las teclas,

las teclas del computador.

Escribo lo que veo

La interminable fila de documentos sobre la mesa,
el cadáver de las latas en el congelador,
tus ojos rasgados que hoy son más pequeños.
El sonido de la televisión en tu cuarto,
la risa de mamá al entender la novela,
sus lágrimas de melodrama.
Veo tu tensa mandíbula,
veo su despreocupación.
El silencio de mi hermana,
imitándola a ella.
Imitando sus compras,
imitando sus sueños,
imitando su risa,
imitando su desprecio.
Finges indiferencia.
Subo el volumen de la música.
Te opones a la debilidad,
pretendes hasta volverte de hielo.
El hielo se derrite,
ella vuelve a encender el fuego.
Pero la televisión suena cada vez más fuerte,
mi hermana se hunde en su silencio,
tus ojos en su rostro se cierran,
hay nuevas latas en el congelador.
Rinse. Repeat.



Sintiendo el exterior

de Monica Lecuona Del Rio

2do Lugar

Poesía

Categoría Preparatoria
Campus San Luis Potosí

Mercurio

Pláticas que se desvanecen
en el ritmo adquirido.

Las palabras van,
las palabras vienen.
Siente el eco
que deja el tiempo.

Detente,
escucha,
piensa,
entiende.

Detente, el tiempo
es el mismo.
Escucha lo que
tengo para decir.

Piensa en lo que
te estoy diciendo.
Entiende las palabras
que salen de mi boca.

No te apresures,
el tiempo espera,
espera por ti.

Solo detente y escucha,
detén tu ritmo
y deja que todo fluya.

Venus

Una bella dama se observa
bajo la calma de la luna serena.
Antes de encontrar su destino
se mira con esperanza plena.

Se levanta con gracia,
sus uñas pinta con delicadeza,
cepilla su largo cabello,
y porta su mejor traje con sutileza.

Con confianza en sus ojos,
pues ella es su propia guía.
La llave de su vida tiene,
segura al andar, ella confía.

Con su rostro en alto,
sale al mundo confiada.

Tierra

Los inmensos mares,
los profundos bosques,
los bellos cielos azules.
Todo lo que necesitas
en nuestro planeta.

El aire que respiras,
el agua que bebes,
la tierra que pisas.
Todo lo que necesitas
en nuestro planeta.

No busques más,
solo cuida lo que hay,
preserva la vegetación.

Marte

Siente la fuerza,
el poder de defender
todo aquello
en lo que crees.

Un salto de fe,
una oportunidad.

Juega con astucia,
piensa con exactitud,
lidera con valentía,
esfuérzate con determinación.

Como un tablero de ajedrez,
donde nada es lo que crees,
piensa en el movimiento
y hazlo a tiempo.

Sigue adelante,
no pienses en mas,
enfócate en el presente

Júpiter

Otro año más,
otra reunión,
nuevas caras,
nuevas anécdotas.

La familia de nuevo,
todos reunidos
cenando en paz
contando las novedades.

Por una vez al año
nos reunimos,
olvidando los problemas
del año que atrás queda.

Al llegar la hora
todos se levantan
abrazan al de a un lado
y brindan sin más.

Ya en la última hora
todos bailan animados
y celebran la unión.

Saturno

El paso del tiempo,
enseñanzas de toda una vida,
anécdotas y recuerdos.

La paciencia,
como un río que fluye,
no se perturba
ante el caos del mundo

Si forjas un hábito,
la paciencia será importante
para lograr tus metas.

La dedicación,
la búsqueda del conocimiento,
con paciencia y esfuerzo
frutos dará.

Urano

Pinta en el lienzo,
siente el pincel deslizarse
y disfruta del color.

Da una vuelta,
sigue los pasos,
baila libremente.

Sigue los acordes,
memoriza los tiempos,
disfruta la melodía.

Imita las expresiones,
expresa lo que sientes,
prueba otro material.

Diseña un espacio,
mejora la estructura,
sigue los planos.

Agrega un efecto,
sigue un guion,
narra una historia.

Crea algo nuevo,
mezcla las letras,
e inspira con palabras.

Hagas lo que hagas,
disfruta cada momento.

Neptuno

Los sueños, el susurro de la mente,
anhelos y esperanzas guardadas,
temores y frustraciones también.

Cada sueño, es una aventura
no hay sueños iguales,
solo parecidos,
como lo es la mente humana.

Bajo el silencio nocturno
los sueños flotan
sin lugar de destino,
solo con un lugar de partida.

Sol

El bello amanecer
o el hermoso atardecer
en el que sol,
es el protagonista
de cualquier escena.

Una declaración de amor
o una triste despedida,
el sol está ahí
hasta cuando no lo ves,
él está ahí.

Sus rayos abrazadores
te cubren en silencio,
con su calidez te cobija.

El sol, astuto y siempre fiel
sigue saliendo día con día.

Luna

En el gran cielo,
la luna se alza,
grande, serena,
y de bello color.

En el silencio nocturno,
la luna vigila,
acompañada de estrellas,
vela los sueños de todos.

Confidente de grandes secretos,
de encuentros discretos,
guarda los sentimientos
de los que en ella confían.

Bajo su luz,
juramentos de amor,
luz de los perdidos,
y manto de los desprotegidos.

Estrellas

Mi guía en la oscuridad,
mira arriba,
pide un deseo.

La estrella más brillante
verá tu corazón,
y si eres justo,
ella lo compensará.

Los deseos
más sinceros
se convierten
en verdad.

Sueña y confía,
las estrellas
serán tu guía
durante esta noche
solitaria y sombría.

Las estrellas te guiarán
hasta ver tu sueño
hecho realidad.



Conexiones incoherentes

de Mauricio Olgúin Sánchez

1er Lugar

Poesía

Categoría Profesional y Posgrado

Campus Querétaro

En mi cabeza

Amígdala: Tejidos ubicados en la parte superior de la garganta.

labios: Parte externa de la boca que ayuda al habla y a la ingestión de alimentos.

encéfalo: Parte del sistema nervioso encargado de funciones vitales y los sentimientos.

jaw: Mandíbula en inglés.

aurícula: Otro nombre para la oreja externa.

nariz: Es el órgano que permite la respiración y el sentido del olfato.

dientes: Estructuras duras y blancas en la boca que se encargan de morder y masticar.

retina: La parte del ojo que convierte la luz en imágenes.

alejandra: Su nombre.

De lo cercano

Yo. Mis pensamientos.

Mi hermano. Mi mamá. Mi papá. Mi abuela.

Mis mejores amigos.

Mi casi algo.

Mis amigos.

Mis demás familiares.

La gente que conocía.

Mis compañeros de clase. Mis profesores.

Los otros compañeros de clase.

Las personas que me olvidaron.

La gente que me cae mal.

Mis ex-parejas.

La gente que me odia.

La gente bonita que no conozco. La gente mala que no conozco.

La gente que he olvidado. Los extraños.

Debo de haber estado besando a un idiota.

Los labios le *t i e m b l a n*.

Las MaNoS le s

u

d

a

n.

Su **corazón** La Te **ifuerte!**

Le BAiIAN los Pies.

Es E-VI-DÉN-TE que está *nnneeerrrvviiiioossssooo*.

Pero tiene una s a *bonita*.

o s (pensaba).

nri l

|

+IguAl- y no es tan **iDiO†A** como yo l

Una declaración de amor

¿QUIÉN me conoce, sabe que escRibo fEo, pero no todoS SabEn que me gusta escRibir. MI úNica nOrma es: a mano cuando Vale la pena y en dIgitAl cuando no; aunque bueno, espero que la respuesta sea un sí?

Yendo a la tiendita

Música, música, música.

Concentración.

Música, música, música.

... Relajación...

Música, pausa

,

na .

Petición, calle, ΔtiendaΔ.

MOLESTIA.

Extraños (Maria), extraños (José), extraños (Juan).

Rapidez.

Señor compra l e n t i t u d.

Desesperación.

[Ticket]

|hogar|

fuga

Música, rápida música.

Entrego.

.osergeR

Mío.

Can...san...cio...

Música, música, música.

calllma.

Música, música, música.

Me tranquiliza...

El teclado numérico de mi iPhone.

073:9...3/?48¿84...7'...?73'59...?9459z

073:9...3/?48¿84...7'...?73'59...@-4(9z

073:9...3/?48¿84...7'...i9'9@9(9z

073:9...3/?48¿84...7'...093/8-z

073:9...3/?48¿84...7'...53,59...¿43!3z

073:9x...073:9...6...073:9x...0349

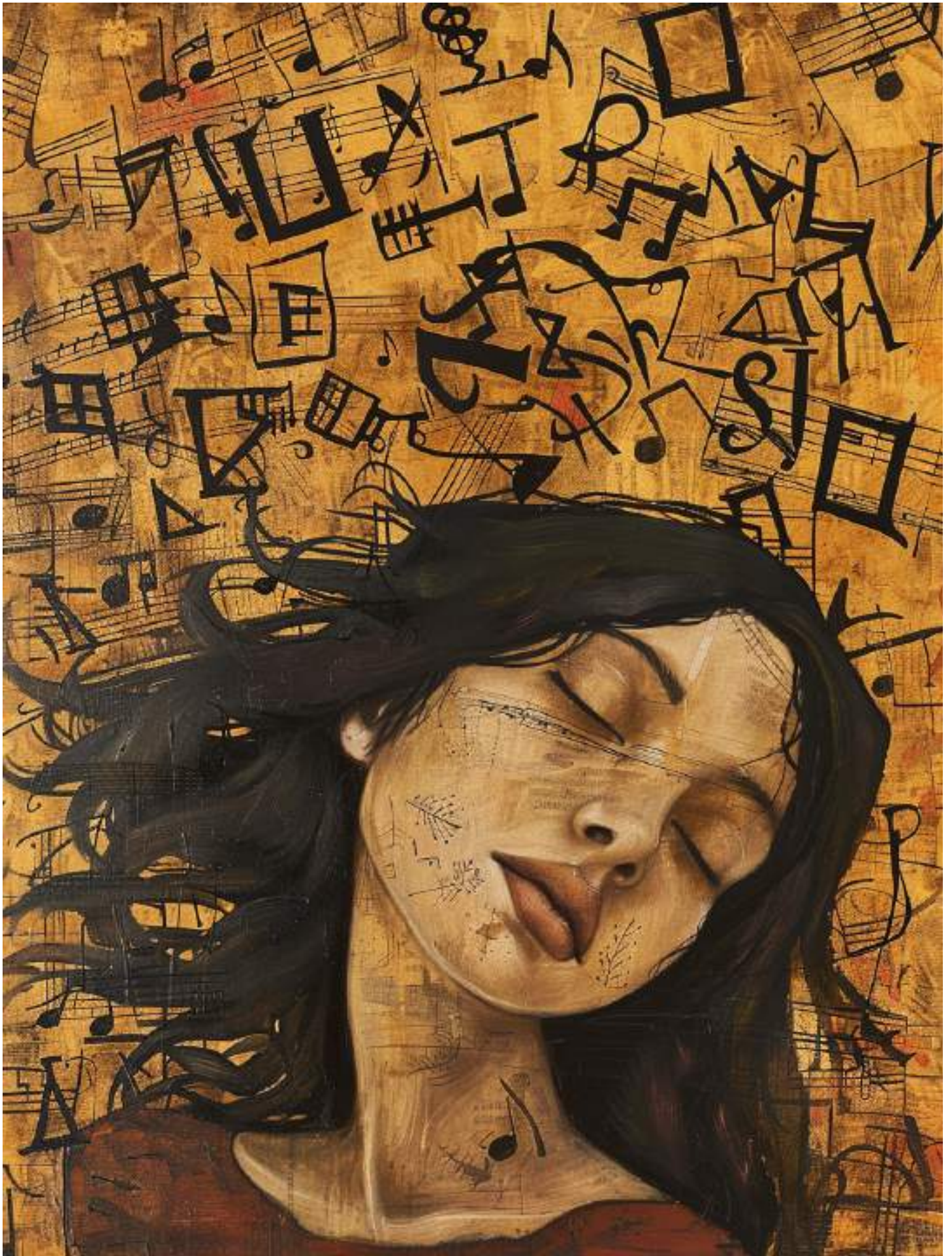
b-?-/9...'9...073:9...3/?48¿84...3/59c

El traductor.

“1” es “q”. “2” es “w”. “3” es “e”. “3” es “é”. “4” es “r”. “5” es “t”. “6” es “y”. “7” es “u”. “7” es “ú”. “8” es “i”. “8” es “í”. “9” es “o”. “9” es “ó”. “0” es “p”. “-” es “a”. “-” es “á”. “/” es “s”. “.” es “d”. “;” es “f”. “(” es “g”. “)” es “h”. “\$” es “j”. “&” es “k”. “@” es “l”. “”” es “ñ”. “.” es “z”. “,” es “x”. “?” es “c”. “!” es “v”. “¿” es “b”. “”” es “n”. “i” es “m”. “...” es “.”. “z” es “.”. “x” es “,”. “b” es “¿”. “c” es “?”.

Ustedes colocan los acentos.

Y las mayúsculas.



El cinito

de Alejandro Pozos Aguirre

2do Lugar

Poesía

Categoría Profesional y Posgrado

Campus Ciudad de México

Tesoro

Mi mamá llegó de la casa de la Abi.
Trae consigo una caja.
Estaba guardada desde hace mucho,
escondida en alguna repisa.

Recién la encontró.
Adentro hay un tesoro.
No es rubí ni diamantes.
Es más, es de plástico,
pero es más precioso
que cualquier joya.
Adentro duerme
el cinito.

Millonario

*Ocaso rojo ~
El río baila salsa
vestido de oro.*

* * *

Clic.

“¿Segurolas, Borolas?” me pregunta mi Tata.
Estoy seguro de que estoy segurolas.
Me pregunta de nuevo que si quiero doce millones.
Le respondo de nuevo que sí.
Va entonces con el dueño del restaurante.
Le cotorrea.
Le pide que le baje a su nieto doce millones del árbol.

El dueño se trepa a una escalera, con cuidado para no caer
en uno de los brazos bruscos del río de Jamapa.

Me entrega los dos semillones.

El Tata ha tenido varios empleos,
pero siempre ha sido bromista de tiempo completo.

Se ríe con su risa oxidada de fumador retirado.

Mi Abi se molesta.

Aúlla:

“¡Rodolfo! ¡No seas payaso, 'mbré!”

*Hilos de luz ~
que el túnel infinito
tiñe de rosa.*

* * *

Clic.

Mi Abi me toma de la mano,
sus dedos son suaves.
Apenas y puedo alcanzarla,
aún soy muy pequeño.
Pasando por el changarro de los dulces,
me llega el olorcito umami
y salado
de la cecina recién cocida.
El tianguis de los viernes es mucho más
que lo que todos los centros comerciales sueñan con ser:
No solo hay ropa y comida,
sino mil chinches,
 chalchihuites
 y demás chucherías
que cautivan a cualquier niño
que lo recorre con su madre y con su abuela.
Mi mamá se compra de vez en cuando una bolsa del *Vilmer*.
El *vil mercado*.
Mi Abi siempre nos compra,
a mi hermana y a mí,
juguetes del *Vilmer*.

Esta vez le ruego a mi Abi
que me compre una revista.
El contenido de la revista no importa.
Aún ni sé leer.
No creo haberla leído nunca.
Lo que me interesa es el plato de *Güinipú* que viene con la revista.
 Lo necesito.
Tal vez no era del *Güini*,
sino del *Tíguer*,
o del *Piglet*
o del *Igor*.

Lo tiramos hace tanto que ya ni me acuerdo.
Me duró como diez años ese plato.
Un platito de cartón plastificado
con el dibujo de alguno de esos monos,
como les decía la Abi.

El vicio

*Tele de tubo ~
Pulsos de luz en fila
hilan la imagen.*

* * *

Clic.

Hoy, en un viernes cualquiera,
quiero que me compre un cinturón de herramientas
hecho de un plástico bien chafita.
Ella con gusto accede.
Dice que prefiere verme jugando
con el moco de gorila,
o con la mano pegajosa,
o con el juego de los aritos de agua,
que verme en el vicio.
Mi vicio no es ningún estupefaciente.
El vicio de un niño
de primero de primaria como yo es el *Nientiendo*.
A pesar de ello, mi Abi juega conmigo a veces al *Mariocar*.
Lo intenta, pero rebotar por los trampolines
de un barranco virtual
no es cosa fácil
para una abuelita del siglo pasado.
Cuando
inevitablemente
cae en las profundidades del precipicio digital,
aúlla y me dice
“¡Ay, ya me caí al abismo!”.
Yo me río y la arremedo.
¡Ay, Abi, ya te caíste al ‘bismo!

Hace como que se molesta,
pero yo sé que está feliz.
Yo también estoy contento,
muevo de un lado a otro mis pies,
que aún no alcanzan el suelo.

Sin azúcar

*Ritmo cubano ~
Colombia en la fachada,
café jarocho.*

Clic.

Sentado,
no en el sillón de la sala de mi casa,
sino en una sillita infantil,
me tomo un chocomil
y unas gorditas de anís.

Me hipnotizan los diligentes ventiladores,
siervos refrescantes de un galeón de porcelana
que atraviesa cual bólido una marea de calor.
Me tomo mi desayuno favorito de la Lolita,
un restaurante a unas cuadras del Océano Atlántico.

Hoy somos seis en la mesa.
Mi mamá, mi papá, mi hermana,
mi abuelo, mi abuela, y yo.

Mi Abi se come su picada ranchera y su café lechero.
Mi Tata, sus huevos divorciados y su café sin azúcar.
El Tata odia el café dulce.
Ni siquiera le echa leche.

Sabe resistir bien
ante las trampas de la amargura.
Pero por más cargado que se lo preparen,
mi abuelo nunca probará
un café tan amargo
como la partida de su esposa.

Hoy somos cinco en la mesa.
Hoy también se niega
a ponerle leche a su café
en el restaurante del Río.
(No del río de Jamapa,
así se llama el restaurante).

Trato de imitarlo,
intento tomar mi café amargo.

Aún no entiendo
- a ciencia cierta-
el encanto de la amargura,
pero poco a poco le voy perdiendo el miedo.

Imagen viva

*Caja guardada ~
La abro, saco un recuerdo,
vive de nuevo.*

* * *

Clic.

Mi mamá llegó de la casa de la Abi.
Trae consigo una caja.
Estaba guardada desde hace mucho,
escondida en alguna repisa.

Recién la encontró.
Adentro hay un tesoro.
No es oro ni plata
Es más, es de plástico,
pero es brilla más
que cualquier metal.
Adentro yace
(despierto)
el cinito,
el cine chiquito
que mi Abi le heredó a mi mamá.

En ese aparatito,
ventana a un tiempo inmóvil,
el fotógrafo anónimo capturó
una serie de instantes,
momentos de alegría,
promesas de volumen inventado
que se sienten tan cercanos como lo real,
aunque sean tan antiguos
como la boda de mis abuelos.

El cinito es hogar de una secuencia de fotos estereoscópicas,
cama matrimonial para parejas de dos dimensiones.

Tras el visor en forma de Danonino
soy testigo de mil instantes congelados en el tiempo.

Clic.
Con un clic la foto encaja.
Clic.
Con un clic la foto sale.

Clic.

Hoy, en un domingo cualquiera,

después de desayunar en el Río,
mi mamá, mi papá, mi hermana,
mi abuelo, y yo, vamos juntos
a la basílica,
a verla.

A “verla”.

A ver lo que dejó.
A ver la cripta.
A ver el nombre.

Nomás a *ver*.

A ver la placa.
A ver la piedra.
A ver la nada.

Vamos a verla,
pero sé que no ella no está ahí,
Sé que no duerme en las entrañas gélidas
de un bloque de concreto.

Pero sé dónde sí está.
Lo sé porque la veo.

Clic.

La veo en la imagen viva
(imposiblemente viva),
renacida en la tela
del teatro de mi mente.

La veo.
La veo y por impulso me le acerco.
Mis pasos hacen clic sobre el agua
como cuando saco una lámina
y la cambio por otra en el cinito.

La veo,
sentada en una silla de plástico sobre la arena.
Una como la que una vez cedió ante el oleaje
Y ni yo podía pararla.

Clic.
La veo, suspira.

Suspira, pues ahora
tiene todo el tiempo
que el pobre mundo
no pudo darle.

Suspira, pues ahora
no sufre dolor en el cuerpo,
ni angustia en la mente,
ni fatiga en el espíritu.

Suspira, pues al fin
se sienta en una silla
sin miedo a caerse.

Suspira, pues al fin,
tras tantos años,
he venido a verla.

Clic.

La veo y esboza una sonrisa.

Clic.

El latir tranquilo del océano eterno
se refleja en sus labios
mientras moja los callos
a la orilla de las nubes.



Luces fuera

de Marisol Manzanarez Serna

1er Lugar

Teatro Breve

Categoría Preparatoria

Campus Santa Fe

Personajes:

- Lucía: Niña de cabello negro, presumida y mandona, presidenta del grupo
- Anita: Niña bajita de cabello castaño, tímida y tartamuda, hace todo lo que dice Lucía, vicepresidenta del grupo
- María: Niña alta de cabello rubio, distraída, tonta, energética
- Alberto: Niño de complexión tosca, nervioso
- Juanito: Niño alto y delgado, influyente, energético, tonto
- Profesor de español: Alto, 35 años, amable, alérgico a ciertas plantas

En un salón de clases de primaria, los alumnos están sentados en media luna rodeando al profesor quien está dando clase de español, hay papeles de colores en las ventanas (que dan al bosque), algunos están dibujando, otros durmiendo, algunos pocos escuchando al profesor con flojera sin ponerle mucha atención.

Profesor: *(algo monótono)* Y bien niños... ¿qué dijimos que se hacía en caso de una emergencia?

Niños: *(al unísono con desgano)* Llamamos a un adulto.

Profesor: ¿Y si no hay un adulto cerca?

María: *(emocionada)* ¡le pegamos a los malos en la cara!

Anita: *(preocupada)* E-eso podría ser peligroso...

Juanito: *(en tono de burla)* Aparte una chaparra como tú no les llegaría a la cara.

María: *(enojada)* Tu cállate Juanito, medimos lo mismo.

Juanito: ¡Chaparra!, ¡Chaparra!

Lucía: *(harta)* ¡No sean tontos!, obviamente se debe llamar a la policía.

Profesor: Muy bien Lucía, cuando alguna emergencia sucede, se debe de llamar a la policía inmediatamente.

Alberto: *(acabándose de despertar, con la cara embarrada de saliva)* ¿Que nuestros papás qué?

Niños: *(desesperados)* ¡Alberto!

Profesor: *(enojado)* A ver Alberto, tú que no estás poniendo atención ¿cuál es el número...

De repente, la luz se va y todo queda a oscuras.

Niños: *(asustados)* ¡AAAAAAH!

Juanito: ¿Qué pasó?

Lucía: Calma, calma, se fue la luz nada más.

Alberto: ¿Y el profe?

La luz vuelve y el profesor está tirado boca abajo.

Niños: *(más asustados)* ¡AAAAAAAAAH!

Juanito: ¿Qué le pasó al profe?

Alberto: *(preocupado)* ¿Se murió?

Todos voltean a ver a Alberto ansiosos.

Alberto: ¿Qué?

María: *(enojada le pega en la cabeza)* ¡No digas eso, tonto!

Juanito se acerca al profe con un lápiz y se agacha para picotearlo.

Lucía: ¡Ey!, no lo toques.

Anita: *(tartamudeando)* Si, n-no lo toques, ino lo toques!... por favor.

Juanito se voltea a ver al público con una cara de preocupación después de picotear al profe

Niños: *(preocupados)* ¿Qué pasa?

Juanito: Está muerto.

María: No seas tonto, Juanito *(se acerca enojada pero juguetona al profe)* es obvio que tú no sabes... *(toca al profesor y sale corriendo a subirse a su mesa)* ¡Está muerto! ¡está muerto!, ¡ay que horror! ¡ay que tragedia nos vamos a morir todos!

Los niños empiezan a gritar y a tirar cosas por todo el salón.

Juanito: *(gritando y haciendo un ademán para callar a todos)* Un momento, un momento, todos ¡cállense! (todos se callan) ¿No ven qué está pasando? *(los demás hacen un silencio incómodo)* obviamente alguno de nosotros lo mató.

Alberto: *(asustado intenta abrir la puerta del salón)* Hay que llamar a la directora.

Juanito: *(corre hacia Alberto y le sostiene la muñeca)* ¡Alto ahí Alberto!, nadie se irá de aquí hasta encontrar al asesino.

Lucía: ¿Qué dices Juanito? Nadie de aquí pudo haberlo matado.

Anita: S-sí, ¡nadie!

María: *(a juego de Juanito)* Eso es algo que diría un asesino Luci.

Todos los niños aspiran asombrados y se alejan al otro lado del salón, lejos de Lucía, Juanito se va con Lucía y toma de su mochila unos gorros de policías, las luces se centran en María, Lucía, Juanito y Anita que está escondida detrás de Lucía.

Lucía: Vamos chicos, ¿de verdad vamos a hacer esto? Ya estamos grandes para estas cosas.

María: Aquí los que hacemos las preguntas somos nosotros ¿ok Luci?

Juanito: Sí, dínos de una vez ¿tú mataste al profesor?

Lucía: *(confiada)* ¿Y por qué lo haría? ¿tienen pruebas?

Anita: Luci no haría eso, n-no lo haría.

Juanito: ¿estás segura?

María: Si no mal recuerdo, ayer te quedaste con el profe después de la clase.

Luci: *(indignada y presumida)* Pues sí, me quedé a ver algo de mis calificaciones pero nada importante, ya sabes, saqué 9 pero en realidad era 10 entonces...

Anita: Es c-cierto, yo estaba con ella.

Luci: Además eso no te da ninguna prueba.

María: ¿Ah no? Alberto, me harías el favor de tomar el cuaderno del profe?

Alberto: *(asustado)* ¿Pero y si me regaña?

Juanito: ¿Y qué te va a hacer? ¿Jalarte las patas?

Alberto duda un segundo mientras se acerca al escritorio del profesor.

Juanito: *(chasqueando los dientes molesto)* ¡Ándale ve de una vez!

Alberto toma el cuaderno del profesor, lo lee y asiente.

Alberto: Sí, aquí veo el nueve tachado.

Juanito y María suspiran decepcionados y las luces se vuelven a encender en todo el salón y todos se sientan en sus respectivos asientos, María y Juanito se quedan en el centro junto al profesor.

María: *(apartando a Juanito)* Pues si no fue Lucía, ¿entonces quién más fue?

Juanito: ¿Anita?

María y Juanito voltean a ver a Anita quien, al sentirse observada, esconde la cara en su cuaderno.

María y Juanito: ¡Nah!

Lucía: *(cansada, se levanta e interrumpe a María y Juanito)* ¿Y tú María? ¿cómo sabemos que no fuiste tu?

Todos suspiran asombrados y Juanito, tapándose la boca se aleja de su compañera.

María: *(enojada)* ¿Qué me ven? (le da un sape a Juanito) Y tu Juanito ni te hagas, tú y yo estábamos juntos

Juanito: *(en tono bobo)* Aaah “sicierto”

Lucía: Eso no me dice nada, de seguro fueron ustedes dos.

Juanito: *(reprochando)* Ay ¿Y yo por qué?

Lucía: Porque siempre están juntos, a ver, ¿qué estaban haciendo antes de que se fuera la luz?

Alberto: ¡Yo los vi tomándose de la mano!

Los demás niños: *(a tono de burla)* iuuuuuy!

Juanito: *(avergonzado)* ¡Cállense, no es cierto!

María: *(enojada y avergonzada)* Que asco Alberto no te andes inventando cosas.

Juanito: ¡Fuiste tú Alberto! ¡Fuiste tú!

Alberto: *(cantando burlón)* ¡Los novios! ¡Los novios!

Lucía: ¡Niños ya cálmense!

Los niños se quedan callados y Luci camina por todo el salón imitando a un detective de serie de televisión

Lucía: Si seguimos así nunca encontraremos al culpable

Juanito: ¡Ajá! ¿entonces admites que hay un culpable Luci?

Lucía: *(avergonzada)* Solo digo que debe de haber una razón lógica para todo esto como...

Lucía se acerca al escritorio del profesor en busca de pruebas y empieza a estornudar

Anita: *(preocupada)* ¿E-estás bien Luci?

Lucía: Sí, creo que soy alérgica a esa planta del escritorio

María: ¿La planta? No había una planta ahí ayer ¿o sí?

Juanito: Ahora que lo pienso, vi a Alberto con esa planta cuando llegamos esta mañana

Todos los niños voltean a ver a Alberto que está intentando escapar del salón sigilosamente

Juanito: ¡Lo sabía! ¡Sabía que tú eras el asesino!

Alberto: Mi mamá me dijo que le diera la planta como regalo, ¡les juro que no sabía que era alérgico!

María: ¡Nadie le crea, lo más seguro es que quiso vengarse porque reprobó el semestre pasado!

Juanito: Lo que diga ella, ¡atrápenlo!

Todos se avientan hacia Alberto quién intenta huir de sus captores, inesperadamente el profesor se despierta y suspira tomando aire ruidosamente

Todos: *(Asustados se amontonan en un rincón)* ¡AAAAAAAH!

Profe: *(se levanta sobando su cuello adolorido)* ¿niños? ¿qué están haciendo?

Lucía: ¡Es el profe, está vivo!

María: ¡Un segundo!

Todos se quedan callados.

María: Si el profe volvió a la vida... ¡Es un muerto viviente!

Juanito: ¡Un zombi! ¡Un zombi! ¡Ay que horror, ay que tragedia!

Todos gritan asustados y el profesor, a modo de juego, los persigue

Obscuro final



Abran la puerta, por favor

de Gema Monserrat Ruiz Guereca

2do Lugar

Teatro Breve

Categoría Preparatoria

Campus Laguna

Están en una sala de espera, hay dos puertas una está en una pierna del escenario, que es para entrar a la oficina del rector, y la otra está en el extremo opuesto en la pared, que es la puerta del baño, al lado de la puerta del baño hay un escritorio con una silla vacía y al frente de la puerta del Rector hay unas tres sillas.

(Sam está parada al lado de la puerta del baño y se está moviendo mucho, en eso llega Gerardo)

Gerardo: Hola *(se sienta en una de las sillas)*

Sam: Hola

Gerardo: Mi nombre es Gerardo Flores.

Sam: Samanta, bueno todos me dicen Sam

Gerardo: Un placer conocerte Sam. *(Se para a medias y le ofrece un apretón de manos)*

Sam: Lo mismo digo. *(Le acepta el apretón a Gerardo y se sienta en la silla junto a él)*

Gerardo: Supongo que también viniste por la entrevista para nuevo profesor.

Sam: ¿Qué? *(Empieza a mirar alrededor y su mirada se queda en la puerta del Rector)*

Gerardo: Si, para ser el nuevo profesor en ciencias políticas, la verdad me aterra, usted se ve tan joven a comparación.

Sam: Cierto, al lado de esta puerta está la oficina del rector de la escuela. *(murmurando)* Demonios.

Gerardo: ¿Dijo algo?

Sam: Nada, solo que no caí en cuenta que aquí son muchas oficinas, pero no, no vine por el trabajo.

Gerardo: Ah, ¿entonces tiene una cita previa con él?

Sam: Tampoco, *(se espera un momento)* estoy aquí por otras razones. *(Está moviendo las manos tamborileando sus dedos en sus piernas)*

Gerardo: Está bien de acuerdo, es solo que estoy algo preocupado, es una entrevista muy importante para mi y ...

Sam *(en desesperación interrumpe)*: De acuerdo estoy esperando el baño, es solo que el agua está fallando en los demás edificios y me dijeron que la de aquí funcionaba.

Gerardo: ¿Y hay alguien en el baño o algo? ¿Por qué no entra?

Sam: Justo por eso, he intentado abrir y tocar pero nadie me contesta y me urge.

Gerardo: ¿Y porque no va a los que no tienen agua? Creo que eso es mejor que estar aquí.

Sam: Porque no nos dejan entrar, todos están cerrados con seguro y la secretaria de la entrada me dijo que este si funcionaba (*apunta a la puerta del baño*) y que podría entrar sin problemas, pero no puedo.

Gerardo (*Se para y toca la puerta del baño*): ¿Segura que no hay nadie? ¡¿Hay alguien ahí?!

Sam: Es inutil, pero no me queda de otra.

Gerardo: Lo comprendo. (*Se vuelve a sentar*)

Sam: Esta universidad está muy lejos de todo y para el momento en el que llegue a algún lado se que va a pasar un accidente. Debí usar un pañal.

Gerardo: No creo que eso sea una buena idea.

Sam: Tal vez, pero es mi culpa soy yo la que se dijo (*en sarcasmo*) “debería tomar mas agua, es saludable”.

Gerardo: Bueno el agua es muy buena para su salud y tiene muchos beneficios.

Sam: ¿Podríamos no hablar de agua, por favor?

Gerardo: Cierto lo olvide, es cuando en muchos casos te dicen no pienses en esto y de inmediato empiezas a pensar en eso, y en este momento en lo único que pienso es en agua o el mar, el océano, incluso ...

Sam (*interrumpiendo abruptamente*): ¡Pare!

Gerardo: Lo siento.

Sam: Hábleme de su entrevista

Gerardo: ¿Perdone?

Sam: Si, tal vez hablando se calme un poco y yo me concentro en otra cosa aparte de mi vejiga a punto de explotar.

Gerardo: De acuerdo (*se pone nervioso y empieza a dudar de sus palabras*) am... es para ser un profesor de ciencias políticas aquí en la universidad y ya pase todas las fases por así decirlo ... Está de hecho es la última.

Sam: Increíble, ¿Y es el único que está aplicando?

Gerardo: No, solo quedamos dos para la prueba final.

Sam: Bueno entonces, felicidades y buena suerte.

Gerardo: Gracias.

Sam: Suena algo difícil, en mi opinión.

Gerardo: Puede ser, pero tengo confianza, no conozco a mi competencia pero no hay nadie que se compare en mis conocimientos además ...

(*Entra a escena Darissa, saliendo de la puerta de la oficina del rector todavía mirando hacia la oficina y hablando mientras cierra la puerta*)

Darissa: Si, se lo juro (*se ríe*).

Gerardo (*murmurando enojado*): Darissa. (*Gerardo se para y Sam se acerca a Gerardo, pero sigue sentada, ambos empiezan a hablar en voz baja para que Darissa no los escuche*)

Sam: ¿Quién?

Darissa: No puede ser se me olvido mi computadora, lo siento, ya voy. *(Darissa vuelve a salir de la escena)*

Gerardo: Darissa.

Sam *(apretando los muslos)*: No inventes, todo menos ella, es un fastidio la odio *(se detiene un momento para pensar y por fin reacciona)* ¿y quién es ella?

Gerardo: Solo fue mi más grande rival en la universidad y también mi ex.

Sam *(sorprendida)*: Ouch.

Gerardo: Exacto. Ella ha ido por todos mis trabajos, todos mis clientes, siempre buscando una manera en que yo caiga.

Sam: Déjeme adivinar, ¿mal rompimiento?

Gerardo: No lo sé.

Sam: Por favor, todos los hombres dicen eso.

Gerardo: Esta vez no lo sé, acabamos en buenos términos y luego de un momento a otro me empezó a odiar.

Sam: Puede que muy apenas lo conozca, pero usted viéndome en desesperación por mi vejiga a punto de explotar, hizo que hubiera cierta confianza entre nosotros, y no quiero que la arruine por que me está mintiendo.

Gerardo: Se lo prometo. *(Darissa vuelve a entrar a escena)*

Darissa: Y tiene que pasarme esa receta muchas gracias, hasta luego. *(Cierra la puerta, Darissa y Gerardo se voltean a ver con cara de enojo)*

Sam: Vaya esto sí se puso tenso *(hundiendo se mas en la silla)*, o tal vez mis piernas están tensas porque quiero ir al baño. ¡Ya déjenme ir! *(grita a la puerta del baño)*.

Gerardo: Darissa.

Darissa: Gerardo.

(Sam se para y se pone entre los dos)

Sam: ¡Samanta! Un placer, todos me dicen Sam. *(ofreciéndole su mano a Darissa)*

Darissa *(ignorando por completo a Sam)*: Supongo que tú también vienes por el puesto de profesor en ciencias políticas.

(Sam se aleja de ellos dos y empieza a caminar algo apurada viendo la puerta del baño)

Gerardo: Acertaste como siempre. Supongo que vienes a querer robarme el puesto.

Darissa: ¿Robarlo? ¿Yo? No, no, no, no, no, a mi solo me ofrecieron postularse y como buena persona que busca su desarrollo personal lo hizo.

Gerardo: Claro, así como lo hiciste en ese trabajo en el gobierno, o la pasantía, o cualquier cosa en la que yo estuviera interesado.

Darissa *(en un tono acusatorio)*: Como si tu no hubieras hecho lo mismo.

Gerardo: ¿Yo? ¿Lo mismo?, ¡Déjame decirte que eres una ... !

Sam (*interrumpe a Gerardo y se acerca a él*): Sabes que, antes de que digas algo de lo que te puedas arrepentir, que tal si mejor hablamos de esta situación y respiramos, con paciencia y calma todo pacifico, ¿qué opinan?

Darissa (*mirando directamente a Sam*): ¿Y quién eres tú?

Sam (*primero camina hacia Darissa y luego habla*): Soy una estudiante que quiere ir al baño y por cuestiones de la vida acabó en esta situación extraña. (*Se aleja de ambos*)

Darissa: ¿Ya intentaste tocar al baño?

Sam (*voltea a ver a Darissa y contesta con seriedad*): No volveré a empezar esta conversación. (*Hablando un poco más alto y relajado*) Y a todo esto, ¿por qué se odian tanto?

Gerardo (*apuntando a Darissa*): Pregúntale a ella, yo también quiero saber la respuesta.

Darissa: ¿En serio, no lo sabes?

Gerardo (*gritando*): No, ¿por qué no me has dejado en paz?

Darissa: Fuimos amigos antes, luego fuiste mi competencia, luego salimos y todo bien según tu, faltaste al funeral de mi hermana.

Gerardo: Si me disculpe y no tenía otra opción, de eso dependía mi futuro.

Darissa: Es lo mismo de siempre, a ti no te importa nada que no seas tú mismo y nunca lo harás, paso antes y pasará ahora.

Gerardo (*gritando*): Y es por eso que has hecho de mi vida un martirio, por que no has podido superar nuestro rompimiento.

Sam: Si, no creo que sea una buena idea gritar. (*Susurrando a Gerardo*) Además ella no dijo eso.

Darissa (*gritando*): ¡¿En serio crees que soy una niña inmadura y por eso hago todo lo que hago?!

Sam: Y otra vez con los gritos.

Darissa: ¿Qué no entiendes? Yo soy mejor gracias a ti.

Gerardo: ¿Qué?

Darissa: Si, yo también, tú eras mi motivación, eras el mejor de la clase y yo solo era la segundona, lo único que te faltaba era confianza, tu sabes que lo nuestro nunca iba a funcionar y lo acepte, pero en el momento en el que quise mejorar la única motivación que tenía en ese momento era superarte.

Sam: Si, creo que eso no suena muy bien que digamos.

Gerardo: Estudie horas extra, trabaje como loco, hice lo posible por ser superior, todo porque no quería dejarte ganar.

Darissa: Exacto.

Gerardo: Lo siento. No quería permitirlo en ese entonces... mi ego ... era un idiota, perdoname.

Darissa: Curiosamente se siente bien escuchar eso. Y sí eras un idiota.

Gerardo: Ahora lo sé.

Sam: Bueno ... A veces la vida siempre nos dará razones para seguir adelante. Enteros o en pedazos, pero siempre hay que seguir caminando. Y otras veces la vida nos dará pruebas como la paciencia y en esos casos lo único que se tiene que hacer es *(Sam comienza a gritar y a golpear la puerta del baño desesperadamente)* ¡Por favor déjenme entrar! Soy estudiante de medicina, llevaba dos horas en un examen y no pude ir al baño antes porque me quedé dormida así que llegué tarde. ¡Por favor abran la puerta! *(Se cae al piso en desesperación)*

Gerardo: Tal vez ella tenga razón.

Darissa: ¿Que nunca va a poder ir al baño?

Gerardo: No eso no, que la vida es incierta pero siempre hay que seguir caminando y tal vez ver de vez en cuando para atrás y reconocer nuestros errores.

Darissa: Tal vez.

(El rector entra a escena saliendo de la puerta de su oficina)

Rector: Señor Aguirre.

Gerardo: Ese soy yo.

Rector: Pase a mi oficina. Perdón por hacerlo esperar tanto.

Gerardo: No se preocupe. Gracias, Darissa después de mi entrevista hay que ponernos al día.

Darissa: Con mucho gusto. *(Gerardo pasa por la puerta y sale de escena, Sam se acerca con el rector antes de que se vaya)*

Sam: Ah, disculpe rector puede hacer que la persona que está dentro del baño de damas salga por favor, me urge ir.

Rector: De qué habla ese baño siempre está cerrado con llave, solo yo y las que trabajan en este edificio lo pueden abrir.

Sam: ¿Qué? Pero le pregunté a la recepcionista y ella no me dijo nada.

Rector: Se le debió olvidar supongo, déjeme abrirle. *(El rector saca unas llaves de su bolsillo y abre la puerta)*

Sam: Qué bonito.

Darissa: ¿Qué después de años de odio Gerardo y yo por fin estemos llegando a buenos términos?

Sam: No, por fin podré ir al baño. .

Fin de "Abran la puerta por favor"

baxo

II



Atrás del telón

de Michelle Sánchez Armass González

1er Lugar

Teatro Breve

Categoría Profesional y Posgrado

Campus Querétaro

ESCENA 1.

(El telón está cerrado)

PRESENTADOR: *(Voz en off)* Atención, esta es primera llamada. Primera.

NOVATO: “Honorable corte real, majestades y admirables caballeros, os... os... No, así no es. Honorables caballeros, majestades y admirable corte real, os impido, no, os invito a... a...”

(Se escucha un papel arrugado siendo tomado y utilizado).

NOVATO: *(Fuera de personaje, leyendo en Voz en off)* Honorables majestades, suprema corte real y admirables caballeros. Honorables majestades, suprema corte real y admirables caballeros. Honorables majestades, suprema corte real y admirables caballeros. *(En personaje)* “Honorables majestades, suprema corte real y admirables caballitos. ¡Cabañeros!”

ACTRIZ: *(Voz en off)* ¡Cállate, te van a escuchar! Ya dieron primera llamada.

NOVATO: *(Voz en off)* Ya... ¿ya llegaron todos?

(NOVATO se asoma la cabeza en el telón hacia el público. ACTRIZ asoma su cabeza, aparta a NOVATO y cierra el telón)

ACTRIZ: ¿Qué haces? Te van a ver.

NOVATO: Pues para eso han venido, ¿no? Para ver.

(NOVATO abre el telón. Saluda a público, nervioso)

PRESENTADOR: *(Voz en off)* Estimado público, por favor mantengan la calma, les recordamos que la obra no ha comenzado. Desconocemos la situación por la que parte de nuestro elenco se encuentra en el escenario, por lo que pedimos hagan caso omiso a sus acciones. Estamos en primera llamada, primera.

NOVATO: *(A público)* ¿Oyeron? No sean chismosos.

ACTRIZ: ¿Pero qué haces? La cuarta pared no se rompe, los actores no salen a público hasta que la obra empiece, si estás caracterizado no se rompe personaje, y el telón no se abre y cierra cuando se te entre la gana ¿Qué acaso es tu primera vez en el escenario?

NOVATO: Claro, primera y... ¡y última! ¿Ya ha visto cuánta gente hay? Uno... cinco... diez... Ay no, ya, ya son muchas personas. No voy a poder.

ACTRIZ: Son solo los nervios hablando. No dejes que te controlen.

NOVATO: Eso es fácil para usted, lleva años en los escenarios, cientos de obras. Mírese, toda viej... Bien llena de experiencia.

ACTRIZ: Mira, niño. Da igual si es tu primera o centésima obra. Los nervios no se van, porque los nervios son el sentimiento más humano, más puro.

NOVATO: ¿Puro? Puro cuento. Voy a equivocarme, voy a arruinar todo. No nací para ser actor.

ACTRIZ: Nadie nace para ser algo, no estás aquí por suerte. Recuerda que el director confía en ti.

NOVATO: Él, no se para aquí, enfrente de todos para pasar vergüenzas. ¿Qué va a saber de los nervios?

ACTRIZ: Nadie puede ser director de teatro sin antes haber pisado un escenario. Él sabe todo.

(Entra DIRECTOR a espaldas de ACTRIZ. Se dirige a NOVATO)

DIRECTOR: No sé qué hacen los dos parados aquí cuando apenas es primera llamada. ¿Me pueden decir qué escenita me están haciendo?

NOVATO: ¿Escenas? *(Riendo)* No, ninguna estoy haciendo y ninguna voy a hacer. Estoy fuera.

DIRECTOR: “Fuera” va a quedar tu quincena.

NOVATO: Muy buen punto, director. Muy buen punto.

(Sale NOVATO)

DIRECTOR: *(a ACTRIZ, sin verla)* ¿Y tú, qué haces aquí todavía?

(ACTRIZ voltea a ver a DIRECTOR)

ACTRIZ: *(Ofendida)* “¿Tú?”

DIRECTOR: *(Horrorizado)* Perdóneme, no vi que se trataba de usted, señora... ¡Señorita! Perdóneme señorita...

(ACTRIZ sale indignada. Entra PROTAGONISTA).

PROTAGONISTA: Me rehusó a trabajar en estas condiciones.

DIRECTOR: ¿Qué condiciones?

PROTAGONISTA: Exacto, ¡qué condiciones! el escenario está a punto de caerse, todo está sucio y viejo y rancio, y ni me hagas empezar sobre la iluminación.

DIRECTOR: Ya habíamos hablado sobre esto. Ya habías aceptado los términos ¡ya firmaste tu contrato!

PROTAGONISTA: Amenazarme con el contrato no va a funcionar conmigo como lo hiciste con el muchacho ese. No lo hago por el dinero, lo hago por el arte, porque mi amor al arte no tenía límites.

DIRECTOR: ¿Y entonces?

PROTAGONISTA: No tenía límites, hasta ahora. Solo falta que me parta un rayo.

(Suena un trueno)

TÉCNICO: *(Voz en off, con un acento extranjero marcado)* ¡Lo siento, mis nenes! Estamos probando para ver si se escucha, ¿se escucha?

PROTAGONISTA: Es el colmo.

DIRECTOR: *(Hacia cabina de iluminación)* Sí, gracias inge.

TÉCNICO: ¡Aquí andamos para lo que tú quieras!

DIRECTOR: *(A PROTAGONISTA)* Lo que yo quiero es un elenco normal, bien dispuesto.

PROTAGONISTA: No me mires a mí, no es mi culpa que hayas elegido un recinto tan mal cuidado solo porque el productor quiso ahorrarse unos pesos. Es más, ¿Dónde está el productor? Jamás lo vi en ninguno de los ensayos.

DIRECTOR: Cuántas veces te he dicho que yo soy el productor.

PROTAGONISTA: No me sorprende que nadie más haya querido financiar esta producción, con ese guión tan ridículo que...

DIRECTOR: ¿Qué yo también escribí? Mira, llevamos meses montando la obra, meses de trabajo mío, tuyo y de todos tus compañeros que creen en este proyecto. No puedo creer que estés comportándote así. Tendrás que conformarte.

PROTAGONISTA: ¿Conformarme? No soy un actor de tercera. No olvides que soy el protagonista, el Cyrano de Ber-hakruz. Sin mí, no hay obra, y me rehúso a trabajar en estas condiciones. Es asunto tuyo el cómo lo solucionas.

DIRECTOR: ¿Estás diciendo que te rehusas a presentar?

PROTAGONISTA: Así es.

DIRECTOR: ¿Y crees que la obra no puede continuar sin ti?

PROTAGONISTA: Así es.

DIRECTOR: Entonces tendrás que irte.

PROTAGONISTA: Así es.

DIRECTOR: Está bien. Pasará el suplente en ese caso.

PROTAGONISTA: Así es... ¿¡Cómo!?! ¿Dejarás que un... *(incrédulo)* suplente... me reemplace?

DIRECTOR: Claro, para eso están. Para que intervengan cuando los actores están indispuestos. En esta vida, nadie, absolutamente nadie, es irremplazable.

PROTAGONISTA: ¡Es inconcebible! ¡Es incoherente! ¡Es incompetente! Es.. Es..

PRESENTADOR: *(Voz en off)* ¡Estimado público! Esta es... Segunda llamada. Segunda.

DIRECTOR: Estamos a punto de empezar. Así que, si no te molesta, iré a buscar a nuestro nuevo protagonista. *(Saliendo)* Y si te molesta, también iré a buscar a nuestro nuevo protagonista.

PROTAGONISTA: *(A público)* ¿Y a ustedes, se les perdió algo? Qué digo, claro que sí. Acaban de perderse de mi gran interpretación, capaz de salvar cualquier guión mediocre y sin fondo. Ya se los digo yo, que si no salgo en esta obra, la obra no saldrá.

(Sale PROTAGONISTA)

ESCENA 2.

TÉCNICO: *(Voz en off)* ¡Oye chico! ¡Tú Carlitos! Ayúdeme a ver si la luces y el telón funcionan bien.

(Se abre el telón. CARLITOS se asoma de las piernas del telón, y muestra su pulgar hacia arriba).

TÉCNICO: *(Voz en off)* Gracias Carlitos. Ya lo puede cerrar.

(No cierra el telón. CARLITOS se asoma de las piernas del telón, y muestra su pulgar hacia abajo).

TÉCNICO: ¡Pero jálele la cuerda bien! Hacia abajo.

(CARLITOS desaparece, vuelve a asomarse y niega)

TÉCNICO: O intente arrancar el telón.

(CARLITOS jala el telón, sin éxito)

TÉCNICO: ¿Y usted cree que importe mucho si lo dejamos así?

(CARLITOS sube los hombros. Sale.)

(Entra NOVATO seguido por DIRECTOR y COVER)

NOVATO: No, no, no. Yo no accedí en ningún momento a ser suplente de nadie. Además, ¿no eras tú el suplente?

COVER: *(Corrigiendo)* Cover, no suplente. Es muy diferente. Además, yo soy el cover para todos los personajes, menos el protagonista.

DIRECTOR: *(A NOVATO)* Tú habías accedido a ser el cover del Cyrano de Ber-hakruz! Ya lo habíamos hablado.

NOVATO: Acepté por mero compromiso...y porque no sabía que cover significaba suplente.

COVER: *(A sí mismo)* No “significa” suplente...

DIRECTOR: ¿Entonces, qué pensabas qué era? ¿Por qué crees que te pedí que te aprendieras también los diálogos del protagonista?

COVER: No lo sé, asumí que era para apoyar, darle ánimos, para echarle porras...Sin duda alguna no para ser su papel. Pero venga, por qué no mejor pasa el suplente en su papel, yo me quedo con mi papel original y listo, todos ganan.

COVER: No soy suplente, soy Cover. Pero no puedo ser yo el Cyrano... No me aprendí esas líneas.

DIRECTOR: Pero si te sabes toda la obra. Deberías de estar familiarizado con el papel.

COVER: Sí, me “debería” saber toda la obra, pero...

DIRECTOR: ¿“Pero”?

COVER: Por favor, todos sabemos que el cover nunca sale realmente. Es solo por si se llegara a ocupar, pero nunca se llega a ocupar. *(Señalando a NOVATO)* Además, él estuvo en todos los ensayos, se sabe todos los diálogos y todas las acotaciones. Él ya había aceptado ser el cover.

NOVATO: Pero ¿por qué mover a dos personas de papel cuando puedes mover solo a una? ¡Para eso está este! *(Señalando a SUPLENTE)* Él lo haría perfectamente, tiene el porte, el talento, el cuerpezco.

COVER: Y tú tienes tres líneas. Esas sí me las puedo aprender en cinco minutos, no toda la obra.

NOVATO: "Sólo tres líneas" Aunque fuese mudo ya sería complicado. Me cuestan mis tres humildes líneas, ¿y me quieren poner un protagónico?

DIRECTOR: Silencio. El suplente tiene razón. Son solo tres líneas las que se tiene que aprender, y tú eres el suplente del protagónico. Además, no tenemos ni cinco minutos. La decisión está hecha. Tú pasas a ser el Cyrano de Ber-hakruz y el suplente entra a ser el Bufón. ¡Chico del staff! Ayúdalos a cambiarse de vestuario.

(Entra CARLITOS cargando el vestuario del PROTAGONISTA)

NOVATO: Aquí, ¿enfrente de medio mundo?

DIRECTOR: *(Hacia cabina de iluminación)* ¡Inge, ciérrme el telón!

TÉCNICO: (Voz en off) Es que... ¡Carlitos lo rompió!

(CARLITOS voltea y se muestra ofendido. Sale DIRECTOR. CARLITOS empieza a ayudar a vestir y desvestir a NOVATO y COVER)

COVER: *(Practicando)* Honorables majestades, suprema corte real y admirables caballeros. La siguiente historia, a pesar de parecer cuento, os juro es mucho más que eso. *(A NOVATO)* ¿Eso era lo que se te complicaba?

NOVATO: No te burles. Es más complicado que eso.

COVER: Al contrario. El teatro es más fácil de lo que piensas. Es pura ciencia, técnica. Lo importante para actuar es saber lo que está pasando en el momento, y saber lo que pasará después. Aprenderse quién entra, quién sale, quién te da pie y a quién le das pie. Por eso lo importante de cualquier ensayo no es la emocionalidad, no es el trasfondo, sino el marcaje.

NOVATO: ¿Estás diciendo que cualquiera que se sepa el guión podría hacer cualquier papel?

COVER: Claro. Si entregas tus líneas con nervios, podrás parecer mal actor en una buena obra. Pero si no entregas nada de nada, harás que la obra sea la mala. Quien sea que haya leído y repasado los trazos y el guión puede actuar. ¿No oíste al director cuando corrió al protagonista? Nadie es irremplazable.

NOVATO: Me sirve esa idea.

(NOVATO se retira el vestuario del Cyrano. Se las pone a CARLITOS rápidamente)

COVER: ¿Pero qué haces?

NOVATO: Tú lo dijiste, cualquiera que haya repasado los trazos y el guión puede actuar, y aquí mi gran amigo del staff lo ha hecho mil y un veces. Él sabe quien entra, quien sale, los oscuros, dónde y cuándo entran los tracks, los cambios de iluminación. Él se sabe toda la obra, ¿verdad, Carlitos?

(CARLITOS asiente con la cabeza, desconcertado)

NOVATO: Así que él puede ser el Cyrano, ¿verdad, Carlitos?

(CARLITOS niega con la cabeza, frenético)

NOVATO: Esa es la actitud. Yo seré el staff, Carlitos será el protagonista y todos listos.

COVER: No creo que sea una buena idea.

NOVATO: Definitivamente, es una pésima idea. Pero nadie sabe que yo tenía que ser el Cyrano, solo el director.

(NOVATO, CARLITOS Y COVER voltean a ver al público)

NOVATO: El director... Y unos cuantos. Pero qué más da. Ya está todo listo, yo me iré a cabina, y ustedes prepárense que en cuestión de segundos darán tercera llamada. *(Saliendo)* Mucha mierda, y enhorabuena, felicidades por los ascensos.

COVER: *(A CARLITOS, riendo)* Supongo que son gajes del oficio, ¿no? El staff hace lo que sea para que la obra salga. ¿Listo? A posición.

(CARLITOS sigue negando frenéticamente)

PRESENTADOR: *(Voz en off)* Señoras y señores, les pedimos que tomen sus asientos y que por favor, apaguen sus celulares y eviten su uso durante el espectáculo. Esta es, itercera llamada, tercera!

COVER: Honorables majestades, suprema corte real y admirables caballeros. La siguiente historia, a pesar de parecer cuento, os juro es mucho más que eso. La noche se posa...

(La luz se apaga, y se vuelve a prender intermitentemente. Se escuchan tracks de truenos, gatos, trompetas, y más. El seguidor se mueve por todo el escenario. Se percibe un caos)

DIRECTOR: *(Levantándose de una silla del escenario, gritando)* ¿Qué está pasando? ¿Quién puso al Novato a jugar en cabina? ¡No sabes nada!

(El caos de iluminación y sonido termina. Se cierra el telón, pero el seguidor sigue iluminando el centro del telón)

COVER: *(A DIRECTOR)* Estabas equivocado. Supongo que el Staff sí es irremplazable.

(Se apaga el seguidor. Oscuro)

FIN.



Sé que no van a leer esto

de Diego Adrián Aparicio Palos

2do Lugar

Teatro Breve

Categoría Profesional y Posgrado

Campus Guadalajara

Personajes:

Detective

Víctor

Darío

Azul

Daniel

Amanda

Sinopsis:

¿Qué es lo que hace a un ser humano, ser un ser humano?

Amar, equivocarnos...

Hay quienes dicen que las personas que viven más felices

son las que menos saben. ¿Qué es lo que Víctor les dejó escrito

a sus amigos?

(V́ctor est́ en el centro del escenario con la cara tapada con una tela negra, cuando la tercera llamada ocurra V́ctor se quita la tela y comienza a hablar)

V́ctor: Posdata. No le digan nada de esto a Amanda. Entre menos personas lo sepan, haremos menos daño. Y de nuevo, lo siento. De verdad lo siento. Me tengo que ir, los quiero.

(Aparecen Azul, Amanda, Daniel y Darío. Dos de cada lado, dejando a V́ctor en el centro)

Daniel: V́ctor se tiene que ir.

Azul: V́ctor se tiene que ir.

Darío: V́ctor se tiene que ir.

Amanda: V́ctor...

V́ctor: Los quiero.

(Amanda sale. Daniel, Azul y Darío se encuentran distribuidos en el escenario, forman un triángulo y todos voltean a una dirección diferente.)

Azul: Fue lo último que supimos de él. Nos dejó una carta, pero no tenemos el valor para leerla. *(Saca de su bolsillo trasero una carta)* En el sobre sólo dice: "Sé que no van a leer esto." Y abajo dice "Para Azul"

Daniel: "Para Daniel"

Darío: Y "para Darío"

Azul: Pero no tenemos el valor para leerla.

Detective: *(En off)* ¿Él era tu amigo?

Daniel: Sí... V́ctor era mi amigo, claro que lo era. Él no siempre fue así, como ustedes lo conocieron. Antes leía mucho y, cuando digo mucho es... de verdad mucho, leía como 2 o 3 libros en una semana, a veces sobre filosofía, a veces sobre ciencia.

Detective: *(En off)* ¿Qué dice la carta?

Azul: No solo leía mucho, él adoraba hacer un montón de cosas. V́ctor sabía pintar hermoso, escribía poesía.

Darío: y estaba en el equipo representativo de ajedrez.

Azul: Es verdad, jugaba ajedrez como ninguno, en una ocasión le ganó al profesor Pudowski. ¿Lo recuerdan? *(Todos ríen.)* Estaba tan furioso que solo dijo que V́ctor había ganado porque se dejó ganar.

Detective: *(En off)* A micrófono cerrado... ¿Hay algo más que debemos saber?

Darío: V́ctor era una persona maravillosa. Hasta que empezó a leer ese estúpido libro rojo...

Daniel, Azul y Darío: Hasta que dejó de ser él.

(Oscuro)

(Azul y Darío salen. Daniel camina hasta el extremo izquierdo del escenario. V́ctor aparece en escena en el extremo opuesto con un libro verde. Ambos están sentados en sillas sencillas y son iluminados con cenitales. El centro se queda en oscuro. Hablan entre ellos sin verse, hablan hacia el público.)

Daniel: ¿Libro nuevo?

Víctor: Sí, es de... colorimetría.

Daniel: ¿Eso es tarea?

Víctor: Solo curiosidad.

Daniel: Así es como empiezan, después son teorías conspirativas y luego...

Víctor: ¿No te parece curioso como los objetos son todos los colores menos el color que vemos?

Daniel: No entiendo.

Víctor: Los colores. Funcionan porque absorben la luz, absorben ciertas longitudes de onda y las que no pueden absorber, las rebotan.

Daniel: Las luz que los objetos rebotan, son...

Víctor: Los colores que vemos.

Daniel: Genial.

Víctor: *(Cierra el libro de golpe, se pone de pie)* No, no es "genial". Vemos en los objetos todo lo que no son, y, nos pasa igual con las personas. Vemos en todos lo que no nos gusta, lo que creemos que les rebota, y pensamos que son solo eso... y no todo lo demás. En realidad las personas son lo que nos hacen sentir cuando estamos con ellas, son sus logros, son sus aprendizajes. ¡Y solo podemos ver en ellos los malditos colores!

(Víctor suspira, recupera su respiración y se sienta. Deja el libro en el suelo. Entra Azul y se coloca en el centro)

Azul: *(A Daniel)* ¿Libro nuevo?

Daniel: Eso parece, cada vez se lo toma más personal. ¡Oye, Vic! ¿De qué color soy yo?

Víctor: Como café caca. *(Daniel y Víctor se ríen. Azul no entiende)*

Azul: ¿Debería preguntar?

Víctor: Déjalo, solo me puse algo intenso con la colorimetría. ¿No se supone que debías de estar en clase?

Daniel: *(Al público)* Azul es maestra de poesía.

Víctor: Cuando nos dijiste que te dedicarías a la poesía no pensé que te referías a dar clases

Daniel: *(Al público)* Y no lo hacía, intento vivir de sus escritos pero jamás resultó, a ella...

Azul: No me gusta mi trabajo.

Víctor: ¿No te gusta?

(Azul y Daniel hablan al mismo tiempo)

Azul: Lo odio.

Daniel: Ella lo odia.

Azul: Y cuando más pienso que...

Daniel: Y cuando más piensa que...

Azul: ...puedo con él.

Daniel: ... puede con él.

Azul: Me doy cuenta de que

Daniel: Se da cuenta de que

Azul: No puedo.

(Azul se pone de rodillas, Daniel sale)

Víctor: Bueno Azul... es el juego que decidiste jugar.

Azul: ¿...juego?

Víctor: Lo dijo Jodorowsky. Nosotros mismos somos dueños de nuestra participación en la sociedad. Todos estamos jugando, es como una gran obra de teatro en la que los personajes crecen de diferente manera y decidimos qué es lo que nuestro actor va a... interpretar.

Azul: Vic, no te estoy entendiendo.

Víctor: Piensa en una pareja en la que el hombre es alcohólico y le pega a su mujer, han estado llevando una relación así de insana por más de 10 años. Los personajes que ambos han decidido interpretar son esos: un hombre alcohólico de masculinidad frágil "Personaje A" y una mujer sumisa y dependiente económicamente "Personaje B", ahora son víctimas de su propio juego. Y tú...

Azul: Víctor, basta. *(Azul se pone de pie)*

Víctor: También estás jugando tu propio juego. Decidiste ser la estudiante de arte fallida que trata de dedicar su existencia a la vida en completa creatividad pero en lugar de eso, como muchos, terminaste siendo tan solo una maestra... o... "Personaje C"

Azul: ¿Eso es todo lo que crees que soy, una maldita lectura de Jodorowsky?

Víctor: Bueno, estoy tratando de pensar en el color que podrías ser pero tu nombre me lo está poniendo difícil, quisiera decir que eres azul pero tal vez seas todos los colores menos azul.

Azul: Agh...

(Azul sale y mientras lo hace, se encuentra con Darío que va entrando)

Darío: Hey, hola Azul.

Azul: Al parecer soy todo menos azul, soy "Personaje C" *(sale)*

Darío: Okay... gusto en verte. Vic, ¿Qué demonios fue eso?

Víctor: No lo sé, sigo procesando.

Darío: ¿Estás esperando a tu novia? Hoy cumplen un año, ¿no?

Víctor: Terminamos.

Darío: ¿Qué? ¿Por qué? ¿Estás bien?

Víctor: *(Toma su libro de nuevo, mientras habla, voltea al público)* La idealización que tenía de ella, se infló y se estaba saliendo de mis manos.

Darío: ¿De qué carajos estás hablando? Amanda es una chica única, es bonita, inteligente, su personalidad es...

Víctor: Y todavía te gusta.

Darío: No. No amigo, eso quedó en el pasado, nunca más pasará algo así de nuevo.

Víctor: Lo sé, lo sé.

(Pausa, silencio)

Darío: Anda, sabes que puedes contarme lo que sea.

Víctor: El amor. Es una idealización de una persona...

Darío: Oh vamos amigo, sabes que no.

Víctor: ¿Puedo contarte lo que sea? *(Darío hace un ademán con la mano para indicar que va a guardar silencio)* Nadie ama sin idealizar, y eso no es malo. Consciente o inconscientemente buscamos a una persona con la que queremos estar... ella es bonita pero solo es gracias a tu idealización que crees estar frente a la mujer más linda que conoces. Amanda. Yo tenía una idea de ella bastante perfecta, comenzaba a salirse de mis manos, me distraía... yo soy mucho más inteligente que eso. Pronto me di cuenta de que no era amor lo que estaba sintiendo, tan solo la deseaba. Cuando me di cuenta de eso, dejé de hacerlo al instante, no es para mí porque merezco algo mejor y eso pasa eventualmente con las personas como yo: cambian su círculo social, buscan encontrarse con personas que sepan más, que aporten más.

Darío: ¿A qué te refieres con “personas como tú”?

Víctor: Inteligentes. La imaginación comienza a morirse y son solo las personas como yo que tratan de conservarla.

(Entran Azul y Daniel desde los extremos del espacio y

hablan al público al mismo tiempo)

Azul y Daniel: La imaginación muere. Las personas... no tratan de conservarla.

(Azul y Daniel salen)

Darío: Eres un imbécil. ¿Crees que sabes mucho, no? ¿Sabes cual es tu problema? ¿Sabes cual es tu maldito problema?

Víctor: Ilumínate.

Darío: Vas por ahí, con un libro diferente todos los días y te crees mejor que los demás, nadie merece al buen Víctor Ocampo en sus vidas. A la mierda contigo y tu estúpida teoría del amar y el deseo. Si tanto crees que puedes seguir creciendo más allá de las mismas personas, ¿Por qué no te largas de aquí de una vez por todas?

(Darío sale. Víctor toma el libro, le quita el papel verde que lo cubre y lo tira al piso, ahora el libro es amarillo mostaza)

Víctor: ¿Qué hace a los seres humanos... que seamos seres humanos?, ¿Qué nos hace diferentes a todas las otras formas de vida?, ¿Equivocarnos? Todos se equivocan, los animales, la materia inerte e incluso el universo es imperfecto. ¿El amor y el deseo? Nah. El amor rige la evolución de la vida, la condiciona. Y el deseo... (Víctor sonríe. Una sonrisa pequeña, para sí mismo) no hay mayor deseo que el instinto de supervivencia, es lo más banal e instintivo que conocemos. Lo que nos hace seres humanos es... tener la imaginación como centro esencial.

(Entra Amanda. Tiene un libro rojo en una mano y una mochila en la otra)

Amanda: La imaginación. Todo gira en torno a ella, desde lo más simple como dar una opinión.

Víctor: Una opinión no es más que un punto de vista imaginando que te encuentras en un contexto diferente.

Amanda: Ingeniería.

Víctor: Resolver problemas y construir el mundo con ingenio, imaginación.

Amanda: El futuro.

Víctor: Nadie lo conoce, solo imaginamos cómo será, cómo queremos que sea o que no sea.

Amanda: La revocación del pasado.

Víctor: Nadie podría arrepentirse de nada si no pudiera imaginar diferentes versiones del pasado.

Amanda: El miedo.

Víctor: Imaginar que algo nos puede hacer daño aunque no esté ahí presente.

Amanda: Amar.

Víctor: Idealizar... desear a alguien, es el acto de imaginación más puro.

(Víctor toma la mochila del piso)

Amanda: Vic... ¿Estás seguro de todo esto? Aún lo podemos arreglar, podemos intentar que lo que piensas cambie, que estés bien.

Víctor: No hay nada que arreglar, Amanda. No estoy roto, solo intento no seguir rompiendo. Dale esto a los chicos, merecen saber por qué me voy a ir. (Víctor saca una carta que estaba entre las páginas del libro. Le da la carta a Amanda, luego guarda el libro en la mochila y se la cuelga en la espalda)

Amanda: Mírame a los ojos Víctor, y dime que nada se puede arreglar, solo así te dejaré en paz.

Víctor: *(Mirando a los ojos de Amanda)* La imaginación se está muriendo.

Amanda: Bien. Te quiero Vic, cuídate. (Amanda comienza a salir)

Víctor: Amanda...

(Amanda suspira, regresa y le da el libro rojo a Víctor. Se ven por unos segundos, Amanda besa a Víctor que solo reacciona apartándose y desviando su mirada al piso. Entonces salen ambos del espacio, por extremos opuestos. Aparecen Azul, Daniel y Darío)

Azul: Fue lo último que supimos de él. Nos dejó una carta, pero no tenemos el valor para leerla. (Saca de su bolsillo trasero una carta) En el sobre sólo dice: "Para Azul"

Daniel: "Para Daniel"

Darío: Y "para Darío"

Azul: Pero no tenemos el valor para leerla.

Detective: *(En off)* ¿Él era tu amigo?

Daniel: No lo sé. Yo siempre lo quise como uno pero solo veía en nosotros colores.

Detective: *(En off)* ¿Qué dice la carta?

Azul: Seguramente algo sobre personajes que interpretamos en la vida.

Darío: Algo sobre lo falso que puede ser el amor.

Azul: Sobre la muerte de la imaginación.

Detective: *(En off)* A micrófono cerrado... ¿Hay algo más que debamos saber?

Darío: Víctor era una persona maravillosa. Hasta que empezó a leer ese estúpido libro rojo...

Daniel, Azul y Darío: Hasta que dejó de ser él.

(Azul, Daniel y Darío cierran los ojos, sacan una tela negra y se tapan la cara con ella.

Azul abre el la carta)

(Oscuro)

Agradecimientos:

A todos mis amigos por siempre alentarme a escribir.

A los grandes autores, dramaturgos y filósofos que me inspiran.

A mis directores de teatro de quienes nunca dejo de aprender.

A la imaginación, por seguir con vida.





Tecnológico
de Monterrey

VIBRART

Arts & Culture Festival